

9652

Nov 18/68

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA AFRICANA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.



329

MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1866.

L47 - 5584

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

- Al cabo de los años mil...
Amor de antaño...
Abelardo y Eloísa.
Abnegación y nobleza.
Ángela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar después de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por penas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heroico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
Como se empena un marido!
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catifina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos centra un tio.
B. Primo Segundo y Quinto.
Dudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El bongó y el mirinaque.
¡Es una mala!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El oncenno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragón.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afán de tener novio.
El juicio público.
El sillo de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada día.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Tafas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huésped.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Jaan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon

Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos español.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de sancho el Bravo
La boda de Quevedo.
La Creación y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guercas civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La Libertad de Florencia.
La Archiduchesa.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La niña Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoria)
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los inieles.
Los moros del Riff.
La segunda cienicienta.
La peor cuna.
La choza del almadréno.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.
Llueven hijos.
Las dos madres.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

247-5584

TEA AFRICANA

LIBRO DE TRES ACTOS.

ARRABALON DEL SEÑOR.

POR DON J. C. RODRIGUEZ.

CON MARCELO CARRERA Y GOSALZ.

LA AFRICANA.

Impreso en la imprenta de don J. C. Rodriguez, en la calle de San Mateo, número 10, de la ciudad de Madrid, en el año de 1809.

José Rodríguez

MADRID

Impreso en la imprenta de don J. C. Rodriguez, en la calle de San Mateo, número 10, de la ciudad de Madrid, en el año de 1809.

24V-5

¡LA AFRICANA!!

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR DON J. C. RODRIGUEZ,

Y

DON MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.

Representada por primera vez en el teatro del Circo de Madrid en la tarde
del 24 de Diciembre de 1865.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1866.

PERSONAS. ACTORES.

MARIQUITA. DOÑA ADELAIDA ALVAREZ.
RAMONA. DOÑA CLOTILDE LOMBIA.
DON HOMOBONO. D. JUAN CATALINA.
DON LUCAS. D. MIGUEL IBAÑEZ.

FOR DON J. C. RODRIGUEZ

DOY MARINO CARRERAS Y GONZALEZ

La accion en Madrid, en nuestros dias.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Juan Catalina y don Mariano Carreras y Gonzalez, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID

ESTRETA DE DON RODRIGUEZ CATALINA, 15

1882

ACTO PRIMERO.

Sala elegante. Puerta en el foro y laterales. En el tercer término á la derecha, balcon. En primer término á la derecha, piano, y á la izquierda una consola con espejo y reloj. En el proscenio á la izquierda, sofá; á la derecha un tocador de hombre con lo necesario para afeitarse. Sillas y sillones.

ESCENA PRIMERA.

D. LUCAS con bata y chinelas, entra por la izquierda con tetera y tohalla.

He dormido como un liron. (Llama.) Ramona? Las diez, y todavía (Mirando el reloj.) sin afeitarme. Ramona! (Llamando otra vez.) Ramona! Esta muchacha es mas pesada que un plomo. (Continuando su meditacion.) Qué sueño he tenido! He soñado que estaba pescando con caña en una casita de campo, con persianas verdes, y un jardinito, y un estanque con peces. Ah! hé aquí todas mis ambiciones; tan pronto como case á mi hija... Pero, Ramona, Ramona! (Llamando.)

ESCENA II.

DICHO, RAMONA.

RAMONA. Aquí estoy, señor. (Entrando por el foro.)

LUCAS. No me has oído?

RAMONA. Perfectamente. Me ha llamado usted cuatro veces.

LUCAS. Entonces ¿por qué no has venido?

RAMONA. Toma! Porque estaba almorzando; yo creo que el señor no querrá que sus criados ayunen.

LUCAS. No por cierto.

RAMONA. Además, como yo sé que usted tiene tan buena pasta...

LUCAS. Tú abusas, Ramona, tú abusas!

RAMONA. Que diga usted eso, cuando por usted sería capaz de poner las manos en la lumbre!

LUCAS. Sí? Pues mira, pon por de pronto esta cafetera. (Se la da.) Voy á afeitarme.

RAMONA. Dentro de un cuarto de hora tiene usted el agua caliente. (Se dirige al foro.)

LUCAS. Ah, Ramona!

RAMONA. Otra te pego! Señor, no me mande usted dos cosas á la vez, porque me confundo.

LUCAS. Sí? (Es muy cómodo tener una criada como esta.) Díme; por qué reina en la casa una tranquilidad tan desusada? Acaso está enferma mi hija?

RAMONA. Cá! La señorita Maria ha salido esta mañana temprano en un coche de plaza que me ha mandado alquilar.

LUCAS. Ah! Entonces ya me explico el silencio que hay en casa. (Va á sentarse en el canapé.)

RAMONA. Á la verdad, ella sola mete mas ruido que un regimiento. Diga usted, señor; ¿cómo es que siendo usted tan pacífico, tan calmoso, tiene usted una hija tan... tan...

LUCAS. Tan turbulenta?

RAMONA. Pues. Si parece una pólvora, no se puede estar quieta; todo lo enreda; todo lo revuelve; anda siempre de aquí para allá; grita, rie, canta, llora, da mas vueltas en un minuto que una peonza. Jesus! Jusus! Aquello no es mujer; es un torbellino.

LUCAS. Qué quieres, Ramona! La naturaleza tiene sus caprichos. Ya sabrás que Mariquita no ha visto su luz primera... quiero decir, no ha nacido en España.

RAMONA. Qué me cuenta usted? No lo sabia.

LUCAS. Pues sí; es natural de Orán, en la colonia francesa de la Argelia, que antes llamabamos Argel. Pues es el caso que... Anda, calienta el agua para afeitarme.

RAMONA. Qué prisa corre? Siga usted, señor; tengo una curiosidad por saber... Decia usted que la señorita es de Argel, de tierra de moros?

LUCAS. Sí; ha tenido su cuna en África; en aquel clima ardiente; bajo aquel sol de fuego, y eso explica sin duda su carácter impetuoso y arrebatado.

RAMONA. Pero yo no entiendo... Usted ha sido africano alguna vez?

LUCAS. Te diré. Yo nací en Ruzafa, provincia de Valencia: huérfano y sin recursos, en la edad de las pasiones, me dije un día... Lucas, ¿qué haces en esta patria de los altramuces y de las chufas? Lánzate al mundo y cruza los mares en busca de la fortuna. Y dicho y hecho: me sacudí los zapatos como el gran San Vicente Ferrer y emigré á la Argelia. Una vez allí, me establecí en Orán y me dediqué á la fabricacion de ligas; pero bien pronto tuve que abandonar esta industria. En aquella tierra se han suprimido las medias; todo el mundo lleva al aire las pantorrillas. Empecé la confeccion de babuchas morunas, y me sucedió lo mismo. Los zapatos son entre los moros artículo de lujo. Entonces me ocurrió una idea sublime: me hice moro.

RAMONA. Cómo! ¡Renegó usted?

LUCAS. No, mujer; me dejé las barbas; me afeité la cabeza; me puse un turbante y una larga túnica...

RAMONA. Uy! Qué feo estaria usted!

LUCAS. No lo creas. Yo soy naturalmente majestuoso, y aquel traje realizaba mi apostura. En una palabra, me fingí santón; hice correr la voz de que acababa de llegar de la Meca, y me di á explicar los textos del Koran y á decir la buena ventura. Llovian sobre mí las bendiciones y donativos; mi casa estaba continuamente llena de devotos y mi bolsa de cequíes; tanto, que en poco

tiempo me hice rico.

RAMONA. Buen oficio, señor.

LUCAS. Sí; pero hija, no hay oficio que no tenga sus quiebras. Yo, como santón, gozaba el privilegio de ver á solas y sin velo á las moras, que andan siempre entre tapujos. VÍ una vez una... Ay! Ramona, qué mora! Con unos ojos, y unos dientes, y un pie, y una cintura... Ai sentirla á mi lado, perdí toda mi gravedad de santón; la cogí en mis brazos; la senté á la grupa de mi caballo, y me lancé á todo escape en busca del obispo francés, bajo cuya proteccion me puse. Á los pocos dias, Zoraida, que así se llamaba, recibia al pie de los altares la fé de bautismo al mismo tiempo que mis juramentos, y siete meses despues ya era padre de Mariquita.

RAMONA. Cómo! ¡Siete meses?

LUCAS. Sí; la naturaleza es tan adelantada en aquellos países... Esto puede darte una idea del carácter arrebatado é impaciente de tu señorita. Ni aun quiso esperar el tiempo de reglamento para venir al mundo...

RAMONA. Ah! Lo que es en ella no hay que extrañar nada.

LUCAS. Ahí tienes como yo, Lucas Quilís, natural de Ruzafa, valenciano de origen y español, soy padre de una africana.

RAMONA. Ahora comprendo la diferencia de genios.

LUCAS. Sí; mi hija tiene mi misma sangre: solo que yo la tengo bajo cero, y ella á cuatrocientos cincuenta y siete grados. Es una caldera de vapor á gran presion.

RAMONA. Ya lo creo.

LUCAS. Hace poco años vendí todo lo que tenia, y abandoné á Orán para venir á establecerme en Madrid. Era rico, primera felicidad; viudo, segunda feli... vamos, aquí entre nosotros puedo decirlo: segunda felicidad.

RAMONA. Qué! No le fué á usted bien en el matrimonio?

LUCAS. Sí; es decir, mi Zoraida tenia demasiada viveza; demasiado ardor; me llamaba el horchatero...

RAMONA. Á usted, señor!

LUCAS. No la acuses; tenia razon; yo me conozco; no tengo ener-

gia para nada. Hoy mismo me sucede con mi hija; quiere casarse con ese bribon de Teodoro, y yo no quiero; pero como soy débil, y ella es fuerte, se casará, como si lo viera. Lo mismo, lo mismo que su madre. Yo la decia, mira, mujer, quisiera que hicieses esto, ú lo otro. No me da la gana! me respondia. Yo me callaba, y...

RAMONA. Y asi no reñian ustedes nunca.

LUCAS. Pues. (Se oye ruido fuera.)

RAMONA. Qué ruido es ese. (Va á la ventana.)

LUCAS. Algun carro que se habrá (Yendo tambien.) enganchado con otro. Es la escena de todos los dias.

RAMONA. No; parece una disputa. Y cuánta gente se reune á la puerta?

LUCAS. Á la nuestra?

RAMONA. Si señor, quiere usted que vaya á preguntar?..

LUCAS. Para qué? Allá se las hayan. Pon á calentar mi agua.

ESCENA III.

LOS MISMOS, MARIQUITA.

La puerta del foro se abre con estrépito, entra a presuradamente MARIQUITA y comienza á pasearse muy agitada.

LUCAS. Calla, eres tú?

MARIQ. Yo misma. Buenos dias.

LUCAS. Qué te pasa?

MARIQ. Estoy furiosa!

LUCAS. De dónde vienes?

MARIQ. Vengo... vengo de dar un bofeton á un miserable!

LUCAS. De eso vienes?

MARIQ. Á un insolente!

LUCAS. Bah! Qué ha sido ello? algun arrebató de los tuyos?..

MARIQ. Arrebató, eh? Un hombre que al bajar del coche se atreve á decirme en mis barbas: «Señorita, es usted divina!...»

LUCAS. Ah! ¿y por eso le has. . Canario! (Con un gesto significativo.)

- ¿Qué hubieras hecho si te hubiera llamado fea?
- MARIQ. Papá, me abrasa usted, con esa sangre fría! Vé usted que me insultan, y... Por fortuna ya le he aplicado yo al tal señorito un buen correctivo, y espero que no le quedarán ganas...
- LUCAS. De juzgarte bella? No; ya ha debido cambiar de opinion. Pero ¿qué haces tú ahí? (A Ramona.) Y mi agua?
- RAMONA. Allá voy, allá voy. (Vaya unos humos que gasta la señorita!) (Se va por el foro.)

ESCENA IV.

DICHOS, MARIQUITA, se quita el chal y el sombrero y se pone al piano; luego RAMONA.

- MARIQ. Papá! yo estoy furiosa!...
- LUCAS. Ya, ya lo veo.
- MARIQ. Y tengo ganas de pegar á alguno.
- LUCAS. Todavía, hija? ¿No te has quedado satisfecha?
- MARIQ. No: me dan deseos de morder algo...
- LUCAS. Pues ahí tienes un repollo que ha comprado la chica para el cocido...
- MARIQ. Eh?
- LUCAS. Sí; el repollo es fresco: se te pasará la hidrofobia.
- MARIQ. Ese infame Teodoro!... ¿Comprende usted esto? tres días ausente!...
- RAMONA. Señor, aquí tiene usted el agua. (Entrando por el foro, y dejándosela en la cafetera.)
- LUCAS. Bien: me voy á mi cuarto.
- MARIQ. Papá, no me deje usted sola.
- LUCAS. Es que voy á afeitarme: esta es una operación muy delicada; y si no me prometes estar tranquila...
- MARIQ. Lo estaré.
- LUCAS. Entonces me afeitare aquí.
- MARIQ. Hay para mí alguna carta de Barcelona? (A Ramona.)
- RAMONA. No, señorita; y el cartero ha pasado ya hace rato. (Se va por el foro.)

- MARIQ. Es extraño! hace tres dias que Teodoro se fué, y aun no he tenido carta de él. Ah! si no estuviese segura de su amor... Pero acaso alguna desgracia... suceden tantos percances en el ferrocarril... Papá? (Dirigiéndose rápidamente á su padre, que está de espaldas afeitándose, y gritando.)
- LUCAS. Qué quieres? por poco me corto.
- MARIQ. Qué opina usted de esto?
- LUCAS. De qué?
- MARIQ. Tres dias de ausencia, y sin escribirme!
- LUCAS. Ah! Teodoro? (Que el diablo le lleve!) ¿No sabes que ha ido á Barcelona por los papeles para casarse contigo? Es preciso darle tiempo. (Se pone otra vez á afeitarse.)
- MARIQ. Tiempo! tiempo! Yo no (Andando de un lado á otro.) exijo que esté ya de vuelta; pero se escribe y no se dejan pasar tres dias; tres dias mortales. Qué hará, Dios mio! qué hará?
- LUCAS. No pasees asi, que me tiembla el pulso.
- MARIQ. Ah! Si usted supiera lo que es el amor!...
- LUCAS. Soy doctor en esa ciencia, hija; pero ya he colgado los hábitos.
- MARIQ. Doctor!... doctor con esa calma, papá!... ni hachiller ha podido usted ser nunca. De otro modo ¿cómo había usted de presenciar con tranquilidad los tormentos que en estos condenados paises de la civilizacion sufre el que ama? Desde que he pensado en casarme no hago mas que maldecir las formalidades que se necesitan en esta tierra. Yo digo para mí: «pero Señor, ¿á qué viene el ir á la vicaria; tomarse los dichos, amonestarse...»
- LUCAS. Oh! ya hay quien prescinde de todo eso... pero es mal hecho. (Rápidamente.)
- MARIQ. En fin, cuando Teodoro vuelva, espero que ya no habrá obstáculo...
- LUCAS. Oh! en cuanto á eso...
- MARIQ. Qué, habrá todavía alguno? (Corriendo hácia su padre y derribando al pasar una silla.)
- LUCAS. Caramba! (Cortándose.) Aquí lo tienes.

- MARIQ. El obstáculo?
- LUCAS. El corte que me he hecho con la navaja, y todo por tu causa.
- MARIQ. Oh! Á ver!... Ah! eso no es nada... un arañazo... (Con interés y enjugándole las heridas con la tohalla.)
- LUCAS. Sí? Pues mira, me escuece que me rabia.
- MARIQ. Verá usted qué pronto se pasa.
- LUCAS. Mira, hablemos si quieres; pero á distancia; oigo mejor desde lejos.
- MARIQ. (Alejándose un poco y levantando la silla.) Como usted guste. Pero me ha hablado usted de obstáculos, y quisiera saber cuáles son.
- LUCAS. Cuáles? En primer lugar... mi consentimiento.
- MARIQ. Su consentimiento de usted?
- LUCAS. Sin duda; tú no puedes casarte sin mi consentimiento; la ley es terminante.
- MARIQ. Qué dice usted? Conque si usted no ama á Teodoro, yo tampoco puedo amarle?
- LUCAS. Sí; lo que es amarle... nadie te lo impide.
- MARIQ. Pero no puedo casarme con él?
- LUCAS. No.
- MARIQ. Y á eso se llama ley? Y existen tales absurdos en un pueblo civilizado?
- LUCAS. Qué quieres, hija? Por lo que hace á Teodoro... (Elimpiando la navaja y dejándola encima del tocador.)
- MARIQ. Papá, yo le amo.
- LUCAS. Como no tiene un cuarto...
- MARIQ. Yo le amo.
- LUCAS. Como pasa su vida entre una villa y una carambola.
- MARIQ. Yo le amo.
- LUCAS. Te hará desgraciada.
- MARIQ. Le digo á usted que le amo.
- LUCAS. Yo le amo, yo le amo! ¿Me estás cantando el primer acto de la Favorita?
- MARIQ. Y usted me dará su consentimiento?
- LUCAS. No.
- MARIQ. No? (Cogiendo maquinalmente la navaja de afeitar.) Ah! Es

usted implacable.

LUCAS. Qué llevas en la mano? Cielos! mi navaja!

MARIQ. (Paseándose muy agitada blandiendo la navaja y seguida de don Lucas.) Pero ya estoy harta de las leyes de este país...

LUCAS. Oye, chica! (Siguiéndola.)

MARIQ. Y resuelta á no sufrirlas por mas tiempo.

LUCAS. (Demonio!) Escucha.

MARIQ. Por última vez; consiente usted en mi casamiento?

LUCAS. Sí, sí, consiento; te casarás.

MARIQ. Ah, gracias. (Arrojando la navaja y precipitándose en los brazos de D. Lucas.) Padre mio! gracias!

LUCAS. Quita, que me ahogas! (Recoge la navaja y vuelve á ponerla en el tocador. Pausa.)

MARIQ. Pero su silencio me inquieta. Tres días sin tener noticias tuyas! Voy á escribirle, y si no me contesta, mañana mismo me voy á Barcelona. ¡Ah! si le hubiera ocurrido alguna desgracia? Ramona? (Sale Ramona.) No estoy para nadie; entiendes? para nadie. (Váse por la derecha.)

LUCAS. (Y esta sarracena es hija mia.) Ramona, mi levita, mi sombrero.

RAMONA. Allá voy, señor. (Váse por la izquierda.)

LUCAS. Qué se case con Teodoro, y allá se las haya. Bien mirado ¿qué es lo que yo necesito? Reposo, tranquilidad de espíritu. Su matrimonio favorece mis proyectos. Me han hablado de una casa de campo que se alquila en Carabanchel; voy á ver al dueño, que vive aquí cerca, y si no es exigente en el precio, mi sueño de esta noche será bien pronto una realidad.

RAMONA. Aquí está todo, señor. (Entrando con la levita y el sombrero.)

LUCAS. Bien; ayúdame. (Quitándose la bata y poniéndose la levita.) Me iré á vivir solo; completamente solo. Qué bien lo voy á pasar.

RAMONA. Volverá usted á comer? (Dándole el sombrero.)

LUCAS. Sí; lo mas tarde posible. Qué bien lo voy á pasar. (Váse foro derecha.)

ESCENA V.

RAMONA.

Vaya un amo bondadoso! (Se pone á arreglar los muebles.) Si, pero lo que es su hija... Lástima tengo á don Teodoro, si ha de ser su marido; lo que es yo en su lugar, le haria la cruz, como á una mala tentacion. Pero los hombres son caprichosos... Hay algunos que se pirran por una mujer de genio. Esto los estimula, los incita... El tal don Teodoro! No me da muy buena espina su viaje; Si iria ahora... (Llaman dentro en el foro.) No, él debe ser ya... (Entra Homobono.)

ESCENA VI.

RAMONA, HOMOBONO. Hombre de treinta años, elegante y con peluca.

RAMONA. Calla! pues no es él!

HOMOB. Eh? No; soy yo.

RAMONA. Por quién pregunta usted?

HOMOB. Pregunto por doña Mariquita Quilís; una africana mezclada de española.

RAMONA. Aquí es, pero...

HOMOB. No está? Tanto mejor. (Yendo á sentarse y tomando un aspecto risueño.) Asi tendré tiempo de prepararme.

RAMONA. Pero si no digo eso; la señorita está en casa.

HOMOB. Entonces no prodiguemos las sonrisas. (Levantándose rápidamente y volviendo á ponerse serio.) Vé á decir á tu ama...

RAMONA. Es que la señorita se ha puesto á escribir y me ha prohibido interrumpirla.

HOMOB. Mejor que mejor; con eso podré prepararme.

RAMONA. (Bien mirado, la señorita es tan rara, que si no la aviso es muy capaz de enfadarse.) La gracia de usted, caballero?

- HOMOB. No, hija; nada de gracia. Dí que está aquí... una desgracia.
- RAMONA. Una desgracia!
- HOMOB. (No. Esto sería demasiado brusco.)
- RAMONA. Vamos, ¿pero á quién he de anunciar?
- HOMOB. Dime antes: ¿es nerviosa tu ama?
- RAMONA. Vaya una pregunta! Y qué le importa á usted?
- HOMOB. Debe serlo. Mírame bien, y ve á decir á la señorita de Quilís, que hay aquí un hombre que tiene trazas de haber llorado.
- RAMONA. Cómo, señor! Usted quiere?...
- HOMOB. No, no le digas eso.
- RAMONA. Pues es claro. No he de ir á molestar á la señorita para hacerle el retrato de usted.
- HOMOB. Tienes razon: no la molestes; esperaré.
- RAMONA. (Se habrá visto un hombre mas raro!)
- HOMOB. Cómo te llamas?
- RAMONA. Por qué me lo pregunta usted?
- HOMOB. Por qué? Para no llamarte muchacha á secas. Pero tienes razon; no me lo digas; me es indiferente. Sabrás, pues, Lucia ó Francisca, Antonia ó Pepa, africana ó alcarreña, que tienes unos ojuelos deliciosos y un talle... (Quiere cogérsele.)
- RAMONA. Manos quietas! Ha venido usted para eso?
- HOMOB. No; tú me recuerdas mi deber; gracias.
- RAMONA. (No hay mas; este hombre es loco: no haria mala pareja con la señorita. Que se las componga como pueda, que yo me vuelvo á mi cocina. (Váse por el foro llevándose la tata de D. Lucas y todo el servicio de afeitarse.)

ECENA VII.

HOMOBONO, solo, dejando el baston y el sombrero.

Héteme aquí, como si dijéramos al borde de mi mision. Maldito Teodoro! Entré ayer tarde en el billar del café Suizo, á tiempo que estaba apuntando una carambola,

y apenas me ve se acerca á mí y me dice: Homobono, ¿eres mi amigo? Yo le conozco por haber declinado juntos el *quis vel qui* en el colegio, así es que le respondí: «Hasta la muerte, chico.» Hasta la muerte, repuso vivamente; eso es lo que yo necesito. Si me quieres vas á matarme; y me contó en dos palabras sus amores con una hija del desierto, á quien habia dado palabra de casamiento. Esta jóven, me dijo, no es una tierna gacela á quien se engaña fácilmente; es una leona, una tigre, una pantera, quiere á toda costa llevarme á la vicaría, y si me niego es muy capaz de sacarme los ojos. Ahora bien; para evitar este percance, he resuelto morir á tus manos. Entonces me habló de un supuesto viaje á Barcelona, y me dió el encargo que vengo á cumplir aquí. Confieso que no le acepté sin segunda intencion. El retrato que me hizo de Mariquita realiza mi bello ideal. Una jóven casi salvaje es cosa tan rara en Madrid. una mujer que lleva en sus venas la sangre de los Barbarojas!!... Eso excita mi apetito. Así es que he resuelto conocerla, y si me gusta... Qué diantre... Procuraré consolarla, y á mi vez emprenderé la conquista de Orán, como Cisneros y Carlos quinto. Mi figura no creo que es tan mala... (Mirándose á un espejo.) un poco ajada, eso sí; un poco mústia... ¡Oh! Las pasiones, las borrascas de la vida; ellas me llevaron mi magnífica cabellera, dejándome una alopecia horrible! pero con esta peluca... Se trabaja muy bien en el día. ¿Quién echa de ver? Pero oigo ruido. (Mirando hácia la derecha.) Se abre una puerta; ella es sin duda. Pongámonos en guardia.

ESCENA VIII.

DICHO y MARIQUITA, entrando por la derecha con una carta en la mano.

MARIQ. Ya está escrita la carta; ahora al correo. Un desconocido! (Viendo á Homobono.)

- HOMOB. Señorita. (Cáspita... cáspita! buen bocado!)
- MARIQ. ¿A quién busca usted?
- HOMOB. ¿A la señorita doña Mariquita Quilís.
- MARIQ. Yo soy, caballero.
- HOMOB. Señorita. (Se trabaja bien en África.) Estoy encargado de comunicar á usted un asunto importante.
- MARIQ. Un asunto?
- HOMOB. (Seamos circunspectos.)
- MARIQ. Ya le escucho á usted, caballero. (Le indica un sillón y se sienta.)
- HOMOB. (La cosa es peliaguda.) Señorita, acabo de llegar de Barcelona. (Sentándose también.)
- MARIQ. De Barcelona?... (Mariquita se levanta y él hace lo mismo.)
- HOMOB. (Parece que ya no es moda hablar sentado.) Sí, señorita: estaba allí con Teodoro.
- MARIQ. Es usted su amigo?
- HOMOB. Sí; es decir... Ha acertado usted; su amigo íntimo.
- MARIQ. Y por qué no está aquí, á mi lado, como me ha prometido; (Con energía.) como me ha jurado? ¿Por qué no escribe? Por qué, caballero? Por qué? Por qué?
- HOMOB. (¡Cielos! Qué hermosa está en la cólera!)
- MARIQ. No responde usted?
- HOMOB. Con mucho gusto. (Sonriendo.) (Seamos circunspectos.) Teodoro se ha quedado en Barcelona, encargándome que comunique á usted las razones que le impiden...
- MARIQ. Pero vamos, apriete usted el paso y no haga tantas paradas.
- HOMOB. (Igualmente bella en la impaciencia.) Señorita, el acaso es el tramoyista de la existencia; la fortuna tiene sus escotillones y sus cambios de decoración á la vista.
- MARIQ. Pero, caballero...
- HOMOB. (Procedamos con tiento.) Señorita, en vano es un hombre joven, buen mozo, amado de una mujer bella. No basta; el destino se burla de todo, y á veces...
- MARIQ. Por piedad, caballero!...
- HOMOB. Teodoro dijo á usted, según creo, que iba á Barcelona á buscar unos papeles?

Rodriguez

- MARIQ. Qué! Me habrá engañado?
- HOMOB. Engañar á usted precisamente, no; ocultarle la causa de su ausencia...
- MARIQ. Es decir, que no ha ido á Barcelona?
- HOMOB. Se marchó en esa direccion, pero no ha llegado.
- MARIQ. Y por qué?
- HOMOB. Un negocio importante; un asunto de honor que le salió en el camino, no le ha permitido...
- MARIQ. Un asunto de honor?
- HOMOB. Ya usted vé, señorita; teniendo pendiente un duelo... (Allá va esa.)
- MARIQ. Un duelo! Conque el motivo de su viaje era un duelo!
- HOMOB. Precisamente.
- MARIQ. Cielos! Y está herido?
- HOMOB. Señorita!...
- MARIQ. ¡Oh! levemente sin duda, no es verdad? no será nada... ¡Oh! dígame que no es nada.
- HOMOB. Señorita!... Teodoro... No, no puedo revelar á usted... Si usted supiera...
- MARIQ. Dios mio!
- HOMOB. Llegó el momento.
- MARIQ. Teodoro...
- HOMOB. Pues bien... Teodoro... (Cataplum!) No queda ni rastro de él. (Homobono permanece un momento silencioso; despues se vuelve y deja caer la cabeza entre las manos.)
- MARIQ. Muerto!... Ah!
- HOMOB. Hasta las uñas.
- MARIQ. Muerto él! él! ah! (Da dos vueltas sobre sí misma y va á caer sin sentido en el sofá.)
- HOMOB. Diablo! se ha desmayado! Creo que he hecho una barbaridad. (Dirigiéndose á ella.) Señorita? Llamaré? No: Dios sabe lo que pensarían... Señorita, yo se lo suplico, vuelva usted en sí. La desabrocharé el vestido... No, sería peligroso para mi virtud. Señorita! ¿Si se irá á morir esta de veras? No; parece que respira... Esto me tranquiliza. Qué hermosa está! Hermosa es poco; está divina! Y ese imbécil de Teodoro que desdeña... Ah!

sus mejillas se coloran; su pecho se agita. Abre los ojos. Estoy por marcharme; (Da un paso y vuelve.) pero no; suceda lo que quiera, yo me quedo.

MARIQ. Dónde estoy!

HOMOB. Señorita...

MARIQ. Quién me habla? (Mirándole.) Quién es usted? Ah!

HOMOB. Cálmese usted.

MARIQ. Esa voz... esa voz horrible! (Levantándose.)

HOMOB. Cómo?

MARIQ. Ah! Ya recuerdo... Teodoro... mi amante, mi vida. Ah! (Se deja caer en el sofá llorando.)

HOMOB. Voto á!... Ya siento haberla dicho... Si yo hubiera sabido... Bah! bah! Yo voy á revelárselo todo. (Da un paso hácia ella y retrocede.) Sí; pero cuando se entere de que nos hemos burlado de ella... Tente, Homobono. No sea peor el remedio que la enfermedad. Pobrecilla! y está llorando!

MARIQ. Oh! Basta de lágrimas. (Levantándose rápidamente y enjugándose las lágrimas.) Basta de debilidad. Un malvado ha dado la muerte á Teodoro, y yo lloro en vez de vengarle!—Caballero, usted ha sido testigo de ese duelo, no es verdad?

HOMOB. Sí: es decir... sí; testigo ocular. Hice todo lo que pude para impedirlo, pero... (Con dolor.)

MARIQ. Entonces conocerá usted á su adversario?

HOMOB. (Malo me he puesto!) No: precisamente me cogieron de improviso, y no supe... (Vacilando.)

MARIQ. Cómo! un padrino no conocer á los contendientes? Eso no puede ser: usted quiere engañarme.

HOMOB. Señorita... si no digo... Le conozco así, de vista...

MARIQ. Pero quién es?

HOMOB. Un ruso; un ruso formidable: yo no le llegaba al estómago.

MARIQ. Y se llama?...

HOMOB. Pechimelimulicoff! Un extravagante que por un quítame allá esas pajas envía á cualquiera al otro barrio... Este año lleva ya catorce y estamos en febrero.

- MARIQ. Pero ¿cuál ha sido la causa de ese duelo?
- HOMOB. Una futesa... Sobre si una jugada de billar estaba bien ó mal hecha... Á esto siguió una apuesta... Teodoro es gran jugador, ya lo sabrá usted?...
- MARIQ. Y la ganó?
- HOMOB. Naturalmente. Qué entendía el otro? un pobre alcarreño que en su vida las ha visto mas gordas...
- MARIQ. Alcarreño! No decia usted que era un ruso?
- HOMOB. Ah! sí señora, sí; nacido en Rusia; pero criado en Sacedon. (En buen berengenal me he metido! Yo sudo!)
- MARIQ. (Este hombre se turba á cada palabra.) Y usted quién es? cómo se llama?
- HOMOB. Homobono, señorita; Homobono Gimenez: mi profesion propietario, y aspirante á diputado por el distrito de... las Batuecas.
- MARIQ. Está bien, señor de Gimenez. No puedo menos de dar á usted gracias por su interés; pero este pasaria desapercibido á mis ojos, si no llenase usted completamente su cometido.
- HOMOB. Mi cometido? y cuál es, señora?
- MARIQ. Va usted á ponerme sobre la pista de ese hombre.
- HOMOB. Qué hombre?
- MARIQ. El asesino de Teodoro. Dígame usted... ¿dónde, cuándo podré encontrarle?
- HOMOB. Señorita!...
- MARIQ. No trate usted de desuadirme: necesito verle; necesito vengarme... lo necesito... Oh! usted no me conoce!
- HOMOB. Sí; creo que ya la voy conociendo...
- MARIQ. Va usted á acompañarme á su casa ahora mismo.
- HOMOB. Ah, señorita! Eso si que es imposible!... (Demonio de mujer!)
- MARIQ. Imposible? y por qué? Para mi no hay imposibles.
- HOMOB. Pues ya comprenderá usted que los hay cuando sepa que ese hombre vive en Amsterdam, en una fábrica de conservas alimenticias que allí tiene. ¡Si viera usted qué pimientos, y qué lenguados en salsa verde salen de su casa!... (Cuando digo que esta mujer me va á

hacer un lío!...)

MARIQ. En Amsterdam? tanto mejor: no he estado nunca en ese pueblo! ¿A qué hora sale el tren?

HOMOB. Pero, señora, para eso tendríamos que ir primero á Paris!

MARIQ. ¿A qué hora sale el tren para Paris?

HOMOB. El *espresso* á las dos y media; pero...

MARIQ. Bien, bien, basta. Es la una: tenemos tiempo. Usted no necesitará equipaje...

HOMOB. Es el caso que yo no puedo...

MARIQ. Podrá usted, don Homobono; podrá usted!

HOMOB. Yo...

MARIQ. Miserable! metraes la nueva de su muerte y te negarás á auxiliarme para vengarla? ¿Crees que dejaré yo rincón del mundo que no revuelva hasta dar con el infame asesino?

HOMOB. (Esto se enreda! Ah! y qué hermosa está encolerizada!) Yo no digo...

MARIQ. Mas qué sandeces. Basta. Escribo á mi padre: mando á buscar un coche y partimos.

HOMOB. Solos?

MARIQ. Con mi padre. Júreme usted esperarme.

HOMOB. Pero reflexione usted...

MARIQ. Júremelo usted.

HOMOB. Pues bien, sí; lo juro por los manes de Teodoro.

MARIQ. Gracias. Voy á escribir á mi padre.—Ah! Pechimelimulicoff, voy á habérmelas contigo! (Váse rápidamente por la derecha.)

HOMOB. Pronto, escurrámonos! Es una infamia! Falto á mi juramento... ¿Pero qué importa? Basta de tragi-comedia. ¿Dónde está mi sombrero? Esa mujer es divina, encantadora; pero llevarla á Amsterdam nada menos!... Ay, santo Dios! qué lío he armado!... Digo, no: en qué lío me ha metido ese tronera de Teodoro!... ¿Dónde he puesto mi sombrero? Ah! (Llevando la mano á la cabeza.) le tengo puesto. En marcha. (Al salir por el foro, se encuentra con D. Lucas, que entra.)

ESCENA IX.

HOMOBONO, D. LUCAS.

LUCAS. Homobono!

HOMOB. Don Lucas!

LUCAS. Ah! mi compañero de tresillo en la tertulia del Suizo!

HOMOB. Es verdad: no me dió usted ayer mala zurra. Siempre tiene usted la espada!...

LUCAS. Sí; no tengo mala suerte. Pero qué le trae á usted á mi casa?

HOMOB. Cómo! Vive usted aquí? Toma, toma; ahora caigo! ¿Es usted el padre de... Doy á usted mi parabien.

LUCAS. Sí, pero todo eso no me explica...

HOMOB. Acabo de tener el placer de dar á su hija de usted una mala noticia.

LUCAS. Hombre, ¿qué ha sido?

HOMOB. Qué? Ella misma se lo contará á usted: no me gustan las repeticiones, y estoy de prisa.

LUCAS. Homobono! soy padre... (Deteniéndole.)

HOMOB. (Y bien mirado, su hija me conviene; sondeemos sus intenciones. Conoce usted á Teodoro?)

LUCAS. Mucho. (Demasiado.)

HOMOB. Pues bien; he venido á anunciar su muerte.

LUCAS. De veras? (Con alegría.)

HOMOB. Eh? (Asombrado.)

LUCAS. (Conteniéndose.) No. Pobre muchacho! Yo deploro ese accidente de gacetilla. Pero en fin... Me viene de molde.

HOMOB. Qué dice usted?

LUCAS. Lo que usted oye. Iba á casarse con Mariquita: yo habia consentido á regañadientes, porque, vamos, no me convenia ese mocito, y estoy persuadido de que con él hubiera sido mi hija muy desgraciada. Asi es que como particular, siento su muerte; pero como padre, me alegro.

- HOMOB. (Toma, toma! Entonces es inútil que yo le deje creer...) Don Lucas! (Le llama aparte y le habla bajo.) Chist! No me descubra usted. Teodoro está bueno y sano.
- LUCAS. Despues de muerto?
- HOMOB. No; si vive como usted y como yo.
- LUCAS. Hombre, lo siento.
- HOMOB. Hé aquí en dos palabras el caso. Teodoro hizo á su hija de usted juramentos que no quiere cumplir. Está usted?
- LUCAS. Adelante.
- HOMOB. Y para librarse de ella me ha suplicado que venga á darle parte de su muerte.
- LUCAS. Qué dice usted?
- HOMOB. Acabo de hacer una relacion en forma; un duelo en un bosquecillo con un ruso, etc., etc.
- LUCAS. Un duelo! Já, já, tiene gracia! Pero dígame usted, Mariquita se habrá puesto hecha una furia. No le ha arañado á usted? (Con interés.)
- HOMOB. No; pero ha prorumpido en llanto, se ha desmayado, ha gritado... «Venganza!» ¡Oh! estaba admirable en su dolor!
- LUCAS. Sí, hará una viuda muy interesante...
- HOMOB. Sí; pero lo peor del caso es que para vengarse se ha empeñado en que la acompañemos á Amsterdam.
- LUCAS. Y qué quiere hacer allí!
- HOMOB. Arrancarle las barbas á un ruso.
- LUCAS. Á un ruso! Está usted loco?
- HOMOB. No señor, no. En fin, me explicaré. He tenido que inventarle ese cuento, porque como se empeñaba en que la dijese el nombre del asesino, y como hasta ahora el único asesino de Teodoro soy yo...

[ESCENA X.

DICHOS, MARIQUITA, que oye las últimas palabras.

MARIQ. Qué oigo!

- HOMOB. Ya comprende usted. Me he visto mas apurado...
- MARIQ. Apurado!
- LUCAS. Debió usted decirle un hombre cualquiera.
- HOMOB. Pues eso he hecho: he inventado un Pechimelimulicoff que me ha sacado del atolladero.
- MARIQ. Qué oigo! Ah! me engañaba! Entonces es este... este el asesino!
- HOMOB. Así es que á cada instante estaba á punto de echarlo á perder, y tenia un miedo!... Por todo el oro del mundo no quisiera que ella supiese...
- LUCAS. Por qué?
- HOMOB. Le diré á usted.—Teodoro me habló de su hija de usted en términos que excitaron mi curiosidad.
- LUCAS. De veras?
- HOMOB. Don Lucas! Mariquita me conviene; me gusta.
- MARIQ. Qué dice?
- HOMOB. Sí, entre los manjares fuertes, prefiero la pimienta á la canela; el vinagre á la azucar: en una palabra, los amores pacíficos me hastian; necesito una mujer apasionada; impetuosa.
- LUCAS. Es decir, que ama usted á mi hija?
- HOMOB. Sí.
- MARIQ. (Me ama! Qué horror!)
- LUCAS. Querido Homobono. (Es muy rico; y si le caso con ella...) Su peticion de usted me honra mucho, pero...
- HOMOB. Refusa usted?
- LUCAS. Acepto. (Se aprietan las manos.)
- MARIQ. Todo está descubierto.
- LUCAS. Pero es preciso arrancar el sí de Mariquita! Ah! Un^a idea! Vamos á partir para Amsterdam.
- HOMOB. Para qué?
- LUCAS. Me parece que no corre usted peligro de encontrar al asesino de Teodoro.
- HOMOB. Hay mas de una razon para creerlo.
- LUCAS. Pues bien; así viaja usted con ella; la hace usted la córte aparentando al mismo tiempo que no descuida usted los informes...

НОМОВ. Perfectamente.

ЛУКАС. Yo voy tambien con ustedes. Esto me cuesta algo caro; pero ¿qué padre escatima el dinero cuando se trata del porvenir de su hija?

НОМОВ. Oh! gracias, gracias, don Lucas.

ЛУКАС. Sígame usted á mi cuarto y me ayudará usted á hacer los preparativos.

НОМОВ. Con mucho gusto. Ah! qué contento estoy.

ЛУКАС. Pues y yo? Porque Teodoro no se case con mi hija daría... Ha hecho usted bien en matarle; amigo mio. (Vánse por la izquierda.)

ESCENA XI.

MARIQUITA, sola.

Él, era él el asesino de Teodoro? Y mi padre lo sabia! Y los dos quieren que yo me case! Pero qué pais es este, Dios mio, en que el asesino arde en deseos de poseer á la amante de su victima! No sé cómo me he contenido; no sé cómo no me he lanzado como una leona; como una pantera herida. Oh! pero él va á volver, y... (Haciendo un gesto amenazador.) No, no es puñal lo que debe matarle. Crímenes tan monstruosos piden una venganza mas refinada. Debe morir, sí; pero no á puñaladas, sino á alfilerazos. Me ama y quiere casarse conmigo! Por qué no? Es preciso que ese hombre me pertenezca, y entonces... Oh! con qué gozo pronunciaré ante los altares el sí que ha de hacerle mio, mio para siempre! Sí; ya me parece que estoy arrodillada en la iglesia; que oigo al sacerdote preguntarme: «Quiere usted por esposo á don Homobono Gimenez, aquí presente?» Y que yo con el velo de desposada en la cabeza y la rabia en el corazon; con la sonrisa en los labios y la amenaza en el alma, le respondo: «Sí, sí, sí.» Oh, Teodoro mio! Yo te prometo una venganza desconocida en Europa, una venganza africana. Desde lo alto del

cielo, donde sin duda tienes tu morada, mírame; quedarás contento de tu Mariquita. Alguien se acerca; él es. Ah! contente, corazón; huid, recuerdos importunos. Yo lo quiero. (Va á sentarse junto al piano.)

ESCENA XII.

DICHA, D. LUCAS, HOMOBONO.

- LUCAS. (Al paño. Entra por la izquierda con Homobono.) Se lo confío á usted; no le sacuda mucho.
- HOMOB. (Con un enorme saco de noche en la mano.) Cáspita! Y cómo pesa!
- LUCAS. Sí, es muy pesado, por eso no le llevo yo; me cansaría mucho.
- HOMOB. Es ella! (Viendo á Mariquita. Bajo á Lucas.) Atencion.
- LUCAS. (Lo mismo á Homobono.) Mostrémonos conmovidos.—Yo creí que estaba haciendo su equipaje. (Adelantándose y deteniéndose.)
- HOMOB. (Bajo á D. Lucas.) Piensa en él sin duda.
- LUCAS. (Acercándose á Mariquita y con voz doliente.) Mariquita! hija mia!
- MARIQ. Quién me llama?
- LUCAS. Nadie. Es decir, yo, tu padre. Ya ves, dispuesto á partir. (Señalando á Homobono.)
- MARIQ. Partir?... (Fingiendo no comprender.)
- LUCAS. (Rápidamente.) Sí; Homobono... El señor don Homobono me ha dicho...
- MARIQ. Ah! Usted sabe?...
- LUCAS. Sí, hija, sí; lo sé todo. Qué hemos de hacerle? La parca inexorable...
- MARIQ. Y lo siente usted, padre mio?
- LUCAS. Amargamente, la prueba es que ya lo ves; mi equipaje está dispuesto; consiento en acompañarte; en secundar tus pesquisas...
- MARIQ. Mis pesquisas? Cuáles? (Olvidándose.)
- LUCAS. Qué! No vamos á buscar el asesino de...

- MARIQ. De Teodoro? (Levantándose rápidamente con energía. Homobono retrocede.) Qué tiene usted, señor Gimenez?
- HOMOB. Yo... yo...
- MARIQ. Si; cualquiera diria que estaba usted trémulo, confuso...
- HOMOB. No, señora; es este saco de noche que me troncha el brazo.
- MARIQ. (El remordimiento le ahoga.) Ah! usted era su amigo, no es cierto? usted era su amigo?
- LUCAS. Vamos, vamos; ya tendrás tiempo de hablar en el camino.
- MARIQ. En qué camino?
- LUCAS. No vamos á?...
- MARIQ. Ah! sí; en el primer momento pensé... pero ya he cambiado de idea; no partimos.
- HOMOB. Eh! (Dejando caer el saco de noche.)
- LUCAS. Pero...
- MARIQ. Para qué buscar á ese adversario. El duelo es la loteria de la vida, no debemos acusar mas que al azar.
- LUCAS. Tienes razon; has dicho muy bien; el duelo... (Pardiez que se ha calmado! (Á Homobono bajo.) Magnífico.)
- HOMOB. Sí, creo que ha salido el arco iris. (Lo mismo á Lucas.)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, RAMONA.

- RAMONA. Señorita, la mesa está servida. (Entrando por el fondo.)
- MARIQ. Bien; pondrás un cubierto mas, Ramona.
- LUCAS. Tres cubiertos?
- MARIQ. Sin duda, padre mio; nada mas natural. El señor Homobono acaba de llegar de viaje, y viene á hacerme un servicio. Yo espero que nos dispensará el honor de comer con nosotros.
- HOMOB. Señorita! (No hay duda, salió el arco iris.)
- MARIQ. El brazo de usted, caballero. (Homobono se le da, y ambos se dirigen al foro.)

HOMOR. Con mucho gusto.
RAMONA. (Calla; será un nuevo pretendiente?)
LUCAS. Qué cambio! No vuelvo de mi asombro!
MARIQ. Ramona, puedes servir la comida. (Deteniéndose a la puerta del foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala con alcoba en el fondo, en la que hay una cama colgada. Chimenea en primer término derecha del espectador con reloj encima. En segundo, puerta que comunica con el interior; á la izquierda, primer término, ventana cerrada: en segundo, puerta que comunica al exterior: al lado de la puerta de la alcoba al fondo otra puerta que figura ser de un tocador: velador con cigarros, y fosforera encima: sillones: sobre uno de ellos una bata y un gorro; sobre otro un pantalon; en el suelo dos botinas y dos zapatillas, sillas, etc., cordon de campanilla al foro, sobre un velador una peluca de hombre.

ESCENA PRIMERA.

MARIQUITA, y HOMOBONO, en la cama. Mariquita, aparece con una linterna encendida en la mano recogiendo una botina del suelo, y subiéndose en una silla la cuelga de un clavo muy alto; coge despues una zapatilla y la echa en la chimenea; despues dirige la linterna adonde colocó la bota, y dice.

Perfectamente! Primero que la descubra... se despierta? (Se oye ronquido.) No; es que suspira. Duerme tranquilo y feliz. El miserable! Es posible que haya un hombre semejante! No solo no le impiden dormir los remordimientos! sino que ni aun le inquieta el encon-

trarse solo, separado de su mujer, desde el instante mismo en que salimos de la iglesia. Nunca, ni aun entre mis hermanos de la Argelia, he visto una tranquilidad tan feroz. Oh! pero descuida; Judit con su sangre fria; Lucrecia con su sangrienta calma, no tienen comparacion con Mariquita; con esta descendiente de la kabila de los Beney-Muly-Saya; duerme, duerme tranquilo, asesino cruel; tu tormento empezará por ligeros pinchazos, para concluir con mi horrible venganza. Á ver si está todo? (Leyendo en un libro de memoria que saca del bolsillo) Mojarle los cigarros. Ya está. Ponerle pimienta en el gorro: tambien. Estrecharle los pantalones, y coserle el pañuelo al bolsillo; se hizo; alargarle la bata. Ya tiene media vara mas. Ponerle pez á la peluca á fin de que se adhiera al gorro. Tambien. Esconderle una zapatilla y una bota. Adelantar su reloj, y atrasar el de la chimenea. No dejarle mas que tres cuartos en el bolsillo, y cortarle los elásticos de los tirantes. Todo está hecho desde anoche; solo falta despertarle al salir, para ver el efecto. Vamos á ello. Ah! Homobono! asesino de Teodoro; el cielo es justo, y la hora de la venganza se acerca. (Al pronunciar las últimas palabras saca del bolsillo un cachorrillo y dispara al aire marchándose por donde entró! Oseuridad completa.)

ESCENA II.

HOMOBONO.

Eh! Qué es eso? (En la cama.) Quién anda ahí? Ladrone! Quién es? Canario! (Pausa.) No se siente ni una mosca. Si estaré soñando? Se me figuró haber oído un cañonazo, ó un estornudo; no sé á punto fijo. No, aquí nadie estornuda ni suspira mas que yo... y sin embargo estoy casado hace una semana; nadie lo diria. Qué hora será? Encenderemos un fósforo. (Lo hace. Coge el reloj, que esta-

rá en la mesa de noche.) Las cinco. Las cinco nada mas! Uf. Las noches del celibato son interminables! Procuremos reconciliar el sueño. (Se envuelve en las sábanas á tiempo que el reloj de la chimenea da la hora. Homobono cuenta en voz alta.) Ah! aquel tambien da la hora. Qué exacto es mi reloj; los dos van igualitos. Eh! cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Las diez; cómo las diez? Qué diablos (Sentándose en la cama.) tienen estos relojes? Será preciso averiguar... Lo primero es abrir esta ventana. (Levantándose en calzoncillos y abriendo la ventana. Claro.) ¡Demonio! Si hay un sol de justicia!... Entonces aquel reloj es el que tiene razon. Ea, ea; vistámonos en seguida. (Toma el pantalon y procura ponérselo; el pantalon estará sumamente estrecho.) Ay, Virgen del Tremedal! El pantalon ha encogido, ó yo he engordado de anoche acá. Dios mio! y ahora que recuerdo, mi suegro dijo anoche que parecía que tenía hinchazon en las manos; me he hinchado, no hay duda, y esto es de las setas que comí anoche. ¡Socorro! Qué revientol! No, pero yo me siento ágil y bueno. Y verdaderamente esta (Mirándose las piernas.) sería una hinchazon inverosimil, porque mis piernas parecen dos flautas. Es que el pantalon ha encogido; si las telas que hacen ahora... Dónde estan mis zapatillas? Aquí hay una; y la otra? Pues no parece: me pondré las botas. Caramba! (Se pone una zapatilla en un pie y una bota en otro.) Tampoco hay mas que una bota. ¿Si andarán brujas en mi cuarto cuando me duermo? No, esto debe ser la criadita dichosa, que al sacarlas para limpiarlas... Bueno! (Quiere ponerse un tirante y salta.) los tirantes tambien! El demonio enreda conmigo. Con tal que las correhuelas... Sí, esta sostiene. Ea, vamos á hacer la toailette. Dónde anda mi peluca? Ah! aquí está. (Poniéndosela.) Si mi mujer supiese que gasto peluca! Pero en fin, esto prueba la efervescencia de mis posiciones, y ella que es tan volcánica, me adorará cuando sepa que este achaque le padezco de resultas de haberme caído al rio por pescar cangrejos. Ahora el gorro para no constiparme...

¡Achí! (Estornada.) Tarde piache. Ya me constipé. Achí. Venga la bata. (Se la pone.) Ajájá! Vamos ahora á averiguar. Demonio! (Se enreda en la bata y da un traspies.) por poco me estrello! Con mal pié me levanto yo hoy. (Mirando la bata.) Calla! Mi bata se ha estirado, mientras el pantalon encoge. Si estaré yo haciendo una comedia de magia? Esta no es bata, es un manto real. Anda anda, (Mirándose.) y cómo arrastra... Vaya una cola!... Achí! Cuando digo que me he constipado. (Sentándose.) De todo tiene la culpa esta pícara criadita por no venir á despertarme cuando la mandé. En fin, fumémonos un cigarro para despavilarnos: el tabaco disipa los vapores... Achí! Cómo huele á pimienta! Reflexionaré sobre mis infortunios mientras despacho esta magnífica breva. (Ha encendido muchos fósforos sin conseguir hacer arder el cigarro.) Ay! me casé hace ocho dias. La noche de la boda se empeñó mi suegro en dar un baile, yo estaba desesperado al ver que daban las doce, y que ninguno de aquellos danzantes daba la señal de marcha. (Al ver que el cigarro no arde lo tira y toma otro que tampoco arde.) Por fin se anunció la galop final. Achís! Cuando digo que huele á pimienta! Mi mujer bailaba con el escribano con una firmeza y bravura que encantaban! De repente suena un grito; luego varios gritos; todos corren, se atropellan... Qué es esto? Qué sucede? Nada menos que mi mujer, que se habia dislocado un pié al dar una vuelta con el escribano.—Pues señor, mis cigarros se lucen. Achís! Corro á ella; estaba desmayada; no hubo remedio; en vez de volar á la alcoba nupcial, tuve que volar en busca de un cirujano. Por fin llega uno, se encierra con la enferma y su padre para practicar la primera cura, y cuando yo quiero penetrar en la alcoba me echan con cajas destempladas, diciéndome que el doctor prohíbe terminantemente la menor emocion para la enferma, ni aun que se la dirija la palabra siquiera; una estorsión violenta de los ligamentos, una contracción forzosa de las articulaciones, complicada con una exten-

sion dilatada de los tegumentos filamentosos... qué se yo cuantos disparates; y cáteme usted casi viudo, sin ser casado ni soltero hace ocho días. Tuve que refugiarme en este rincón de la casa. Achís! Decididamente yo huelo á pimienta. (Se quita el gorro y la peluca sale detrás.) Caracoles! Qué es esto? (Se pone el gorro con la peluca; se vuelve á quitar; quel y sucede lo mismo.) Mi peluca ha estrechado sus relaciones con el gorro y no quiere separarse. (Separa la peluca del gorro.) Á ver. Aquí está el niño. Uf! Quién me ha llenado de pimienta? Será la criada para ahuyentar la polilla. Achí, achí, Uf! Me ahogo! Dónde está mi pañuelo? Ah! aquí. (Quiere sacarle y está cosido al pantalón, de modo que por mas que tira no alcanza á las narices.) Quién me tira? Caracoles! La broma ya es pesada. Si está cosido. Me han cosido el pañuelo como á un chico que va á la escuela. Ah! yo sabré quien se divierte conmigo. (Tira de la campanilla.)

RAMONA. Ya van. (Dentro.)

HOMOB. Ahora veremos. (Llamando.)

LUCAS. Qué estrépito es ese? (Dentro.)

HOMOB. Ah! mi suegro, viene á punto.

ESCENA III.

DICHO, D. LUCAS, RAMONA.

RAMONA. Está usted malo, señorito? (Saliendo.)

LUCAS. Dónde es el fuego? (Id.)

HOMOB. Vengan ustedes acá y respondan. (Cogiéndolos de la mano y trayéndolos al proscenio.)

RAMONA. Qué, señorito?

LUCAS. Qué ocurre, yerno?

HOMOB. (Soltando á Lucas y dirigiéndose á Ramona.) En seguida soy con usted —Escucha tú; qué hora es?

LUCAS. Pero hombre, para saber la hora, arma usted ese estrépito! (Adelantándose.)

HOMOB. Suegro, he dicho que soy con usted. Qué hora es? (Á Ramona.)

Rodriguez

- RAMONA. Las ocho y media, señor.
- HOMOB. Entonces por qué este reloj señala las cinco, y aquel las once?
- RAMONA. Eso lo sabrá el relojero, señorito.
- LUCAS. Pues es claro; el relojero es el que sabe ..
- HOMOB. Suegro, soy con usted en seguida. Y por qué has echado pimienta en mi gorro griego? (Á Ramona.)
- RAMONA. Cómo! que yo he...
- LUCAS. Pimienta? eso ya es otra cosa. La pimienta es de su incumbencia.
- HOMOB. Por qué has mojado mis cigarros?
- RAMONA. Mojado los... (Cada vez mas admirada.)
- LUCAS. Mojado los...
- HOMOB. Repito que soy con usted, suegro. Por qué has cosido el pañuelo á mi bolsillo? (Á Ramona.)
- RAMONA. Yo?
- LUCAS. Que le ha cosido?
- HOMOB. Aquí está, y bien amarrado. (Enseñando el pañuelo.)
- RAMONA. Pero yo no he sido...
- HOMOB. Y mis botas? y mis zapatillas; que deben estar siempre en los pies de la cama?
- LUCAS. En sus pies de usted, querra decir...
- HOMOB. Suegro, me ataca usted los nervios; he dicho que soy con usted. Vamos, responde. (Á Ramona.)
- RAMONA. Pero, señorito, si no sé nada de lo que usted me dice.
- LUCAS. Ni yo tampoco entiendo...
- HOMOB. Nadie sabe nada. Pues yo sé que alguno se ha propuesto divertirse conmigo, haciéndome representar el papel de don Simplicio en *La pata de cabra*.
- LUCAS. Ah! Bah!
- HOMOB. Ah Bu! digo yo. No vé usted esta zapatilla? Dónde está la otra? No vé usted esta botina? Dónde está la otra?
- RAMONA. Pero si deben estar por ahí; á menos que hayan volado. (Buscando) Calla! (Levantando la vista.)
- HOMOB. Qué?
- RAMONA. Mire usted, señorito. (Señalando la bota colgada.)

- HOMOB. Ah!
- LUCAS. Ah!
- HOMOB. Es mi bota!
- LUCAS. Su bota!
- RAMONA. Pues claro está.
- HOMOB. Pero quién ha tenido la humorada de colgarla ahí?
- LUCAS. (Subiéndose en una silla y alcanzándola.) Me parece que no pensará usted que he sido yo.
- RAMONA. Ni yo tampoco.
- HOMOB. Pero, hombre, habré sido yo entonces.
- LUCAS. Tal vez, si se ha propuesto usted embromarnos.
- RAMONA. Eso debe ser. El señorito está de muy buen humor.
- HOMOB. De buen humor? Hombre, sí, de buen humor... de tan buen humor, que de un puntillon te voy á plantar de patitas en la calle.
- RAMONA. Señorito! (Huyendo.)
- HOMOB. Á ver si te vienes á divertir conmigo.
- LUCAS. Vamos, vamos; calma, yerno; esa muchacha no es la culpable.
- HOMOB. Entonces lo es usted.
- LUCAS. Hombre, yo á mis años...
- HOMOB. Pero, señor, si en la casa no hay más que nosotros tres y mi mujer, que con su pie dislocado no me parece que pensará en diabluras.
- LUCAS. Á propósito de pie. Parece que ya va mejor, eh?
- HOMOB. De veras? Va mejor?
- LUCAS. Digo, si lo sabrá usted! Ya le he sentido esta noche abrir la puerta de su cuarto.
- HOMOB. Á mí?
- LUCAS. Hágase usted de nuevas. Tanto que pensé bajar, por si era que se habia puesto peor; pero al considerar que estaba usted allí, dije: anda, que no le faltará nada, y...
- HOMOB. Suegro! suegro! usted chochea. Si no me he movido de mi cama.
- LUCAS. Hombre, si nadie le pregunta...
- RAMONA. (Que ha estado cavilando, baja entre los dos, como iluminada

- por una idea.) Ya le he encontrado, señor.
- HOMOB. Qué has encontrado?
- RAMONA. Al autor de todos estos trastornos.
- HOMOB. Y es?
- RAMONA. Usted mismo, señorito.
- HOMOB. Yo!
- LUCAS. Cómo?
- RAMONA. Muy sencillo. Ahora lo he recordado. Yo tenía un primo que le sucedía lo mismo. Se levantaba por la noche muy dormidito...
- LUCAS. Un sonámbulo! Calla! Pues puede que tenga razón. Homobono, usted es sonámbulo.
- RAMONA. Eso es, sonambúlo, Así se le llamaba.
- HOMOB. Eh? Pero cómo es posible?
- RAMONA. Y tan posible. Usted no se acordará de lo que ha hecho; lo mismo le pasaba á aquel. Figúrese usted que una noche se entró en mi cuarto y me abrazó... dormido y todo el pobrecillo; si no sabía lo que se hacía.
- LUCAS. Ya, pero tú...
- RAMONA. Yo? como había dicho el médico del pueblo que era muy malo despertarle de repente, me estuve quieta... Pues al día siguiente no se acordaba de nada el infeliz.
- HOMOB. Será posible? Seré yo sonámbulo? (Pensativo.)
- LUCAS. Ahora sí que se explica todo.
- HOMOB. Ciertamente. Pero echar pimienta al gorro; coser dormido... yo que no sé despierto...
- LUCAS. Y eso qué tiene de particular! Yo he conocido uno en la Argelia, que no sabía una nota de música; pues dormido tocaba el bombo á las mil maravillas; ya vé usted si esto es mas raro.
- HOMOB. (Pues, señor, esto solo me faltaba.) Si mi mujer se enterara... (Alto.)
- LUCAS. Hombre, puesto que es su mujer, por fuerza ha de conocer ciertos secretos...
- HOMOB. Bien, pero por ahora no le digan ustedes...
- LUCAS. Descuide usted, yerno.

RAMONA. Por mí también, señorito.

ESCENA IV.

DICHOS, MARIQUITA.

MARIQ. (Dentro.) Ay! ay! ay! socorro! Qué me caigo. (Todos se dirigen á la puerta derecha por dónde aparece, Mariquita de bata con una pierna envuelta y apoyándose en las paredes.)

HOMOB. Cielos.

LUCAS. Mi hija!

RAMONA. La señora!

MARIQ. Un sillón; una butaca; (Homobono y Lucas la sostienen cada uno de un brazo mientras Ramona coloca un sillón á la derecha, y la sientan.) que no puedo más.

LUCAS. Pero por qué te has levantado?

HOMOB. Eso prueba que está mejor.

MARIQ. Al contrario, mucho peor.

HOMOB. Pero por qué no ha llamado usted entonces en lugar de levantarse?

MARIQ. Ay! ay! Colóquenme ustedes este pie en una banqueta.

HOMOB. Aquí hay una. (Corriéndolo.) Ah! y una almohada. (Ramona trae la almohada.) Permite usted que yo se la coloque?

MARIQ. No me toque usted; no me toque usted, (Haciendo aspavientos.) el menor contacto... Ay! Ah! ya estoy bien. (Colocando el pie sobre la almohada.)

HOMOB. (Y yo también; mejor que quiero. Con una mujer así no necesita uno más.)

MARIQ. En la cama no tenía dolores; quise probar... y el caso es, que al principio estaba bien; andaba casi sin sentir nada: así es que creí poder llegar hasta aquí; pero me temo que este esfuerzo me ponga peor.

HOMOB. (Siempre es un consuelo para mí.)

LUCAS. Vaya; has hecho mal; muy mal. Y precisamente hoy que tengo que salir; estoy citado con un amigo que me quiere vender una casa en Chamberí.

MARIQ. Me va usted á dejar sola?

- LUCAS. Sola con tu marido; me parece que no puedes quedar mejor acompañada.
- HOMOB. (Gracias á Dios que dice algo razonable este zamacuco.)
- LUCAS. Y lo peor del caso es, que si llego á verificar la compra, nuestra separacion será algo mas larga, porque pienso dejaros en libertad, é irme yo á vivir allá tranquilo, independiente, con un loro y un mono, que pienso comprar en la plazuela de Santa Ana para divertirme.
- HOMOB. Hombre, mono no le necesita usted: mejor haria usted en comprar un ganso para domesticarle.
- MARIQ. No, no le detenemos á usted, padre mio; es usted completamente libre. Pero al menos almuerce usted con nosotros.
- LUCAS. No, hija mia, no. Ya sabes que no me gusta almorzar en casa. Por las mañanas casi nunca tengo ganas. Asi es que con una taza de café, media tostada y *La Correspondencia*, me quedo satisfecho.
- MARIQ. Pues como usted guste. Libertad completa. Yo me siento mejor; ademas Ramona no se separará de mí, y en caso necesario Homobono ira á buscar al médico.
- LUCAS. Tanto mejor. Entonces hasta la vuelta; yo no tardaré. Yerno, que la cuide usted.
- HOMOB. La recomendacion es inútil.
- LUCAS. Ea, vámonos, no sea que se ponga peor, y tenga que quedarme. Este aunto me interesa mucho.
- HOMOB. Vaya usted descuidado, suegro.

ESCENA V.

MARIQUITA, RAMONA, HOMOBONO.

- MARIQ. (Vamos á saber qué tal le han sentado los preparativos de mi venganza.)
- HOMOB. Apenas puedo creer en (Volviendo muy contento de despedir á D. Lucas.) tanta dicha. Señora, usted aquí en mi cuarto! Ah! este favor...
- MARIQ. Calla! Lleva una bota y una zapatilla!

HOMOB. Sí, sí; ha sido que Ramona...

RAMONA. Yo!

HOMOB. Digo, no; ha sido que yo, que...

MARIQ. Vaya, tiene usted la cabeza á las once.

HOMOB. Y á las doce, y á la una, y á las siete y media. ¿Y cómo quiere usted que la tenga al considerar tanta desventura como me ocurre desde nuestro matrimonio?

MARIQ. Ya; ¿con que son tantos los disgustos que le aquejan, que para sentirlos menos se pone usted una bota y una zapatilla? Já, já.

HOMOB. Señora! (El cordón con que se había atado la bata acortándose la se desprende ahora, y la bata queda todo lo larga que es.)

MARIQ. Sin duda también por eso se ha puesto usted esa túnica talar para completar el traje.

HOMOB. No señora; (Torbado y recogiendo la bata.) es que por entretenerme esta mañana, descosí la alforza.

MARIQ. (Calla, dice que ha sido él!)

HOMOB. (Ay! si llega á sospechar que soy sonámbulo...)

RAMONA. Pero qué desarreglado está todo! (Arreglando los muebles.)

HOMOB. (Si se irá á quedar aquí esa Maritornes?) (Mirando á Ramona.)

MARIQ. Las once y cuarto. (Mirando al reloj que hay sobre la chimenea.) Pero qué, es esa la hora?

HOMOB. (Anda con Dios.)

RAMONA. No señora; si apenas son las nueve. Sino que sin saber cómo, nos encontramos con que ese reloj adelanta dos horas, mientras el del señorito atrasa cuatro.

HOMOB. Sin saber cómo... sin saber cómo... pues claro está que soy yo el que los desarregla; y es que tengo esta cabeza... Su pié de usted, señorita, le tengo siempre montado en las narices.

MARIQ. (Pobrecillo; qué estúpido es.) Recoge eso. (Señalando los tirantes que Homobono tiró al suelo.)

RAMONA. Calla! los tirantes rotos!

HOMOB. Los he roto yo; me incomodaban en los hombros y...

MARIQ. (Pues señor, se conforma á todo. Será preciso aumen-

- tar el programa.)
- HOMOB. Ramona?
- RAMONA. Señorito?
- HOMOB. Creo que es hora de almorzar. Disponnos algo.
- RAMONA. Yo bien lo haria, pero si la señorita me necesita...
- HOMOB. Para qué, tonta? Si me quedo yo aquí! Anda, anda; si acaso te llamaré. Oye; un desayuno ligero.
- MARIQ. Ya lo habia yo mandado disponer; pero si no es de su agrado de usted...
- HOMOB. Cómo no? Los gustos de usted son los míos. Anda, niña; prepara el desayuno, siguiendo las instrucciones de la señorita.
- RAMONA. Está bien. (Saliendo.)

ESCENA VI.

MARIQUITA, HOMOBONO.

- MARIQ. (Ya! Tú quieres una entrevista formal y á solas? Descuidate.)
- HOMOB. (Gracias á Dios. Ya estamos solos.) (Alto y sentándose al lado de Mariquita.) Ah! ¡Mariquita! ¡Esposa mia!
- MARIQ. Qué hay, amigo mio?
- HOMOB. Perdone usted mi turbacion; mi aturdimiento; esta es la primera vez que me encuentro solo con usted. Esta es la primera... digo, no; el primero... no, bien decia: la primera ocasion que encuentro de decirla: «Mariquita, esposa mia, usted me pertenece; usted es mi mitad, mi alma, mi vida, mi corazón y mi tesoro.»
- MARIQ. Sí, Homobono; nos pertenecemos el uno al otro; la santa bendicion ha hecho inseparables nuestros destinos. Yo soy tuya, como tú eres mio; tú tal vez lo olvidarás algun día; pero yo jamás, jamás, jamás.
- HOMOB. Olvidarte yo? No, no, no, no, no, no. ¡Si tú conocieras mis tormentos; mis desdichas! Si supieras qué noches paso tan agitadas; los ensueños que me persiguen! ¿Quieres que te los cuente?

- MARIQ. Sí, sí, esposo mio!
- HOMOB. Pues mira; sueño que somos Adán y Eva, y que estamos en el paraíso; que yo te estrecho entre mis brazos...
(Lo hace. Mariquita lanza agudos gritos.)
- MARIQ. Ay! ay! ay!
- HOMOB. Qué es eso?
- MARIQ. El dolor, el dolor. ¡Ay, mi pie!
- HOMOB. Condenado mal paso!
- MARIQ. Ya se pasa; ya se pasa; sigue, sigue.
- HOMOB. Dónde estábamos?
- MARIQ. En el paraíso.
- HOMOB. (Sí, solo que yo he venido á parar al infierno.) Ay! Mariquita!
- MARIQ. ¿Qué?
- HOMOB. Que yo quisiera tener tu torcedura, y seis torceduras, y veinte dislocaciones en los brazos, y las piernas, porque con todas ellas no sufriría el suplicio de Tántalo como lo estoy sufriendo!
- MARIQ. ¡Pobre Homobono!
- HOMOB. Porque mientras pudiera mover un ojo siquiera, correría á tí para decirte... «Esposa mia, déjame que estreche tu preciosa mano; perdóname si el amor que te tengo no me deja escuchar nada, ni pensar nada, y me arrebatata, y me obliga... (Quiere volver á abrazarla.)
- MARIQ. Ay! ay! Dios mio!
- HOMOB. Y no hay quien me fusile! (Dando un salto y separándose.)
¡Ah! no, no; queria decir... Perdóname.
- MARIQ. No; si ya se pasa; continúa. Tu conversacion me entretiene, todo eso que me dices es tan bonito...
- HOMOB. Bonito! Sí, muy bonito. (Pues señor, mi esposa es un cordero inmaculado.)
- MARIQ. Anda, sigue, sigue.
- HOMOB. Sí, ya seguiremos cuando se te cure el pie.
- MARIQ. ¡Toma! Hasta entonces no quieres hablar conmigo? Pues te esperan unos cuantos días de mudez, porque segun el médico, hasta de aquí á dos meses lo menos...

- HOMOB. ¿Nada mas que dos meses? (Es una friolera.) Bueno. Pues mira, hasta entonces hablaremos de cosas indiferentes, de cosas frescas. ¿Te gusta el sorbete de sandía? (Paseándose.)
- MARIQ. ¿No estas incómodo con una bota y una zapatilla?
- HOMOB. Sí, y muy incómodo, mucho! Me pondré la otra bota, si me lo permites.
- MARIQ. Ya lo creo.
- HOMOB. Y me vestiré. (Se pone la bota y la levita.)
- MARIQ. Ven aquí; te haré el nudo de la corbata.
- HOMOB. Como tú quieras?...
- MARIQ. Sí; arrodíllate aquí delante de mí, pero con cuidado no me tropieces en el pié malo. (Homobono se arrodilla.) (Gran ocasion para estrangularle, pero no, todavía no es tiempo.)
- HOMOB. Date prisa por Dios.
- MARIQ. ¿Tan mal estas asi?
- HOMOB. No, sino que tengo gana de salir á que me dé el aire. (Mirándola tiernamente.) ¡Ah! qué hermosa, qué hermosa es! Ah! (Mariquita le aprieta fuertemente la corbata.)
- MARIQ. No te muevas.
- HOMOB. Pero si me ahogas!
- MARIQ. Te ahogo porque te mueves. Ea, ya está.
- HOMOB. Uf. (Levantándose.)

ESCENA VII.

DICHOS, RAMONA.

- RAMONA. Ya está listo el almuerzo.
- MARIQ. Yo no tengo gana.
- HOMOB. Ni yo tampoco. Qué has hecho?
- RAMONA. He mandado traer ostras, cangrejos y percebes. Pastel de ganso con trufas, y langosta con salsa de mostaza; una remoulade.
- HOMOB. Cosas ligeras y refrescantes. (Canario, se han propuesto incendiarme.)

- MARIQ. Qué, no te gusta todo eso?
HOMOB. Sí, mucho, mucho; pero ahora prefiero una limonada; una tortilla á las finas yerbas... me voy al café, y allí almorzaré!
MARIQ. Sí, sí, con eso yo descansaré un poco; tengo sueño.
HOMOB. Eso es, duerme (el sueño del justo). ¡Ay! Mariquita! Maldita galop. Hasta luego. (Váse.)
RAMONA. Es decir que nadie almuerza?
MARIQ. Yo no te necesito; voy á dormir un poco. Puedes almorzar si tienes gana.
RAMONA. Dejarla á usted sola?
MARIQ. Si me ocurre algo, llamaré! Mira, y para que pueda dormir tranquila, cuando vuelva el señorito me avisas.
RAMONA. Está bien.

ESCENA VIII.

MARIQUITA sola; permanece un instante inmóvil; así que se asegura de que está sola, se levanta con ligereza, tira los paños en que tiene la pierna envuelta y se pasea precipitadamente.

MARIQ. ¡Ah! Con qué placer he empezado á saborear mi venganza; y eso que estos no son mas que los preliminares. Vé, vé al café á almorzar; cuando te encuentres con tres cuartos en el porta-moneda!... Si siquiera le llevaran al Saladero por no pagar el café... pero no tendré yo tanta suerte. Ea, preparemos los tormentos de esta noche. Ante todo es preciso inutilizar esa campanilla; con su ayuda encuentra pronto quien le socorra y no me conviene... ¿con qué cortaria yo el cordon? (Buscando entra en el tocador y sale con un cuchillo de monte.) Un cuchillo! Hola! está prevenido el monstruo; no está demas el saber que hay aquí... Ea, cortemos el cordon; no, mejor es romper el alambre... asi como asi está bien bajo. (Tira el cuchillo en el tocador, coge un velador, coloca encima una silla arrimándola á la pared y se sube encima.) Ah! diablo! Qué fuerte está! (Tirando del alambre para

romperle.) pero tirando firme... Ay, que (La campanilla suena repentinamente.) he llamado! si la criada viene...

ESCENA IX.

DICHA, RAMONA.

RAMONA. Qué hay, señorita? (Entrando precipitadamente.)

MARIQ. (Por vida!...) (Aparte sin moverse.)

RAMONA. Eh? Pues dónde está? Señorita... (No viéndola en la butaca donde la dejó se pone á buscarla por todas partes.) Ah! (Viéndola.)

MARIQ. Chis, cállate. (Desde arriba.)

RAMONA. Pero cómo! Es usted? Ahí arriba.

MARIQ. Cállate te digo; si me vendes...

RAMONA. Cá, señorita; cuente usted conmigo para todo; yo soy incapaz de... ¿Quiere usted que la ayude?...

MARIQ. Sí; mira, súbete sobre aquel escritorio; agarra el alambre que va por aquel lado, y tira como yo. Es preciso no dejar ninguna campanilla por este lado.

RAMONA. Con que es decir, que es usted la que... (Haciendo lo que la dicen.)

MARIQ. Calla y tira. (Ruido estrepitoso de campanillas.)

ESCENA X.

DICHOS y HOMOBONO.

HOMOB. Muchacha, muchacha! corriendo, que llama la señorita.

MARIQ. Cielos! (Sorprendida.)

RAMONA. Válgame San Blas! (Se quedan inmóviles.)

HOMOB. Cómo! No está ya aquí? (Se ha dirigido corriendo á la butaca donde dejó á su mujer; no encontrándola se vuelve.) Calla! Ramona! Mariquita! (Viéndolas.)

MARIQ. Tan pronto de vuelta, esposo mío? (Sin moverse y con naturalidad.)

HOMOB. Pero qué haces ahí? (Asombrado.)

MARIQ. Nada; que como el pie no me dolía, quise dar un paseo y...

HOMOB. Un paseo por ahí? (Si será cabra mi mujer?) Y tú? (Á Ramona.)

RAMONA. Yo quise acompañar á la señorita, y limpiar las telarañas de paso.

HOMOB. Estos alambres... (Acercándose.) Ah! todo me lo explico! La del sonámbulo! Baja, baja y te contaré... conque yo soy sonámbulo, y eres tú la que ayuda á tu señora en estas fechorias.

RAMONA. Señorito, le aseguro á usted... (Bajando.)

HOMOB. Á ver si te largas de aquí. Vamos, pronto.

RAMONA. Señorito... (Suplicante.)

HOMOB. Largo de mi casa, si no quieres que te... (Amenazándola.)

RAMONA. Ay! (Dando un grito y escapándose.)

ESCENA IX.

HOMOBONO y MARIQUITA, que durante el diálogo anterior ha bajado poco á poco, é imposible se ha quedado cruzada de brazos delante de Homobono.

HOMOB. Ahora vamos á cuentas, señora. Apenas fuera de aquí, la inquietud que hace días se ha apoderado de mí, y el cuidado por su salud de usted, me han hecho volver. Me doy la enhorabuena de haberlo hecho para poder obtener una explicacion. (Pausa.) ¿Qué comedia es esta? Responderá usted al fin?

MARIQ. ¿Quieres saberlo?

HOMOB. Sí.

MARIQ. Pues bien; abre de una vez los ojos, imbécil; esta no es comedia, si no tragedia con un desenlace sangriento.

HOMOB. Eh?

MARIQ. Homobono, tú has despedazado mi corazon; tú has traído á mi temprana edad el desencanto y el hastio; tú has acertado los años de mi vida; tú, en fin, me has arrebatado lo mas precioso que para mí existía en la tierra.

- HOMOB. Yo?
- MARIQ. En fin, tú has asesinado á Teodoro.
- HOMOB. Yo?
- MARIQ. Homicida! Atrás! me horrorizas!
- HOMOB. Calla, calla; y es esa sola la causa de todos tus pesares? Pero si no es verdad.
- MARIQ. No has muerto á Teodoro?
- HOMOB. Que no, vaya un disparate.
- MARIQ. Cielos! Qué esperanza.
- HOMOB. Y la prueba es que Teodoro no ha muerto.
- MARIQ. Dios mio! Dios mio! Será cierto? (Llena de júbilo.)
- HOMOB. (Atacado de una idea.) Por mi mano, por mi mano quiero decir, (Conteniéndose.) sino por la de otro. (Ah, bruto de mí! qué iba á decir?... á ella que tanto le ha amado! Pues señor, esto es peor todavía si sabe que vive...)
- MARIQ. Recapacitas? Reflexionas? Tú me engañas. Ni aun siquiera tienes valor de confesar tu crimen.
- HOMOB. Cuando digo...
- MARIQ. Pero yo he jurado vengar su muerte. Jurado; lo entiendes? Los hijos del África ardiente no juran nunca en vano.
- HOMOB. Canario! Pero entonces no me explico...
- MARIQ. ¿Por qué me he casado contigo? Imbécil. No comprendes que para poder llevar á cabo mi venganza con toda seguridad, era necesario que tu vida me perteneciera; que pudiera tenerte siempre á mi lado para prepararte toda suerte de tormentos, á fin de hacer tu martirio mas lento, mas doloroso?
- HOMOB. ¿Pero usted olvida, señora, que al casarse conmigo puso á su vez entre mis manos su destino, su existencia?
- MARIQ. Y qué me importaba una existencia ficticia? Un destino que ya no tenia objeto en el mundo? Mi sacrificio ha sido bien pequeño.
- HOMOB. Y ¿usted ha creído, señora, poder manejarme á su antojo; martirizarme como los chicos á un gato abandonado? Sepa usted que tengo mi voluntad firme...

- MARIQ. Que obedecerá como la de todos, á los caprichos de una mujer amada; usted me ama.
- HOMOB. Y qué se propone usted?
- MARIQ. Ya te lo he dicho; vengarme. Yo haré que cada dia sufras un atroz disgusto; cada hora, un nuevo tormento; que exhales cada minuto un grito de dolor.
- HOMOB. ¡Oh!
- MARIQ. Te he de hacer apurar todas las amarguras; todos los suplicios; has de pasar la vida en las parrillas como San Lorenzo, y yo tendré cuidado de volverte de cuando en cuando.
- HOMOB. Está loca!
- MARIQ. Ese es tú porvenir.
- HOMOB. Y cree usted que yo no sabré poner tierra por medio?
- MARIQ. Sí, pero la mujer debe seguir á su marido por todas partes; nadie podrá impedírmelo, tampoco podrá usted pedir la separacion legal, porque faltarán pruebas, y yo tendré buen cuidado de no suministrarlas: asi, delante de gentes no habrá una esposa en el mundo mas amable, mas cariñosa que yo. Yo te sonreiré; te abrazaré si es preciso; te acariciaré del modo mas dulce; te complaceré en todo.
- HOMOB. Los cabellos se me erizan. Digo, no, los cabellos no; la peluca se me pone de punta.
- MARIQ. En público, tú serás mi amante; mi héroe: mi Dios. Pero el ángel del mundo, será el demonio de hogar. Tú vida estará sembrada de abrojos y de espinas; no tendrás ni un solo momento de reposo, temiendo siempre una nueva catástrofe.
- HOMOB. Basta, basta.
- MARIQ. Y este amor, este amor que tú tanto deseas, no le tendrás nunca, nunca. Y aunque nadie puede abstenerle, yo sé lo que fingiré á otro, á fin de que te señalen con el dedo, á fin de arrastrar tu nombre por el lodo.
- HOMOB. Señora!
- MARIQ. Esa es tu sentencia, Homobono. Homobono, prepárate á sufrirla.

ESCENA XII.

HOMOBONO.

¡Ah! ¡Oh! ¡Uf! Tengo un frío que me hiela los huesos; la cabeza me baila; estoy en la jaula de los leones. No, aquí no hay mas que una leona; pero vale por cuatro. ¡Ay! creo que me da algo. (Cae en un sillón.)

ESCENA XIII.

DICHO, D. LUCAS.

LUCAS. Pues señor, esto marcha. (Muy contento.)

HOMOB. Ah!

LUCAS. Yerno. Vengo lo mas contento! Ya tengo casa. Mi amigo se decide á vendérmela. Al fin voy á vivir tranquilo.

HOMOB. Tranquilo! Y piensas que te dejaré gozar de un minuto de reposo, cuando yo estoy condenado á los tormentos del infierno! Yo dejarte tranquilo, á tí, á su cómplice!

LUCAS. Yo cómplice! De quién?

HOMOB. De la bestia feroz que se llama tu hija.

LUCAS. Don Homobono!

HOMOB. Si, tú eres su cómplice; confiésamelo. Al menos que yo halle un hombre con quien entenderme.

LUCAS. Pero, señor, qué le pasa? Ya caigo. ¿Está usted dormido, verdad? Será forzoso no despertarle.

HOMOB. Vaya usted al infierno. Sonámbulo! ¿Quiere usted llevar adelante esa farsa? Es tarde; el velo se ha descornado; lo sé todo; he descubierto el autor de mis martirio.

LUCAS. Y es?

HOMOB. Tu hija?

LUCAS. Mariquita?

- HOMOB. Sí, hazte de nuevas.
- LUCAS. Con su pie dislocado?...
- HOMOB. Dislocado! Yo sí que te voy á dislocar á tí una costilla.
- LUCAS. Pero qué pasa?
- HOMOB. Que quiere vengarse en mí de la muerte de Teodoro!
- LUCAS. De Teodoro!
- HOMOB. Y piensa pincharme; mecharme, y estofarme; y además de esto; lo último; lo peor...
- LUCAS. Qué?
- HOMOB. Arrastrar mi nombre... ah!
- LUCAS. Qué?
- HOMOB. Querer á otro. Ella misma me lo ha dicho.
- LUCAS. Cá! Hombre, cá! Eso lo hacen las mujeres, pero no lo dicen.
- HOMOB. Pues esta es al revés; no lo ha hecho; pero lo previene.
- LUCAS. Señor, qué extraño es todo esto. Bah! se le habrá antojado... Ah! dí con ello! (Como atacado de una idea repentina.) Antojado! Esta palabra me hace ver claro.
- HOMOB. Y qué vé usted?
- LUCAS. Yerno, ha observado usted bien si la dan mareos; si ha perdido el apetito?
- HOMOB. En efecto; esta mañana no quiso almorzar.
- LUCAS. Pues ya está todo descubierto. Esos caprichos; esas riñas injustificadas; esos arrebatos de mal humor, se explican por la palabra antojo. Homobono, no te abandones á una loca alegría, pero da rienda á tu felicidad. Homobono, eso es... que vas á ser padre.
- HOMOB. Padre! (Estallando.)
- LUCAS. Pues bien claro lo dicen esas excentricidades.
- HOMOB. Sátiro! Vampiro! (Saltando á él y apretándole el cuello.) Llegó tu última hora!
- LUCAS. Socorro! Que me ahoga.
- HOMOB. Monstruo.
- LUCAS. Á la guardia!

ESCENA XIV.

DICHOS, MARIQUITA, entra precipitadamente vestida como para salir.

MARIQ. Qué es esto? Qué ocurre? (Homobono suelta á Lucas, que cae anonadado en un sillón, se queda un momento como clavado en su sitio entre su mujer y su suegro, á quien mira con furor alternativamente; despues exhala un profundo suspiro, coge el sombrero; se lo cala y sale precipitadamente haciendo un gesto de horror.)

ESCENA XV.

MARIQUITA y D. LUCAS.

LUCAS. Uf!

MARIQ. Qué tiene usted; papá? Me parece usted un poco alterado?

LUCAS. Sí, un poco, uf!

MARIQ. Y bien, qué pasa?

LUCAS. Pasa que... Voy á dejar esta caverna.

MARIQ. Pero en fin, qué le ha dicho á usted mi marido? ¿Por qué se aleja de este modo?

LUCAS. Mira, ya he estado á punto de ser degollado por tí; déjame en paz, que me marchó de esta casa para no volver.

MARIQ. Pero dígame usted.

LUCAS. Ni una palabra. Adios. No quiero nuevos lios.

MARIQ. Papá, ya me conoce usted; soy africana; no saldrá usted de aquí sin explicarme...

LUCAS. Pues bien; voy á explicártelo todo, salga lo que salga, y en seguida me largo á Pekin, donde no me volvais á ver el pelo. Sabe que Teodoro no ha muerto.

MARIQ. ¡Cielos!

LUCAS. Sabe que nunca ha estado mas vivo; que no ha habido semejante duelo, porque es un títere; un cobardon in-

capaz de matarse ni con una pulga; sabe, en fin, que la causa de este embrollo, fué el haberse cansado de tí; de tu maldito carácter, al que llegó á tomar mas miedo que á un terremoto; y por no verse obligado á casarse contigo, para deshacerse de tí en fin, comisionó á ese majadero de Homobono que te anunciase su muerte inventando la farsa del desafío.

MARIQ. Él! Qué dice usted. Él! Imposible!

LUCAS. Imposible! ¿Y si te añadiese que puedes convencerte por tí misma, visitándole en la calle del Bonetillo, número nueve, donde vive con una costurera que le ha hechizado, y á quien encuentra mas agradable que á tí?

MARIQ. Padre, padre, por piedad, no desgarré usted mi corazón! Será posible! Él! Teodoro, un miserable!

LUCAS. Un perdido.

MARIQ. Calle del Bonetillo...

LUCAS. Número nueve.

MARIQ. Ah! Si esto es cierto, es horrible.

ESCENA XVI.

DICHOS, HOMOBONO.

HOMOB. (Entrando.) Señora, yo tenia once duros en el bolsillo, y me encuentro con tres cuartos; ¿es usted tambien la autora de esta gracia?

MARIQ. Lo sabrá usted á mi vuelta, caballero.

HOMOB. Pues adónde va usted?

MARIQ. A la calle del Bonetillo, número nueve. (Sale vivamente cerrando la puerta con llave.)

HOMOB. Eh! Á la calle del Bonetillo! Ahí es donde vive Teodoro. Quién le ha dicho?... Ah! nos ha encerrado, y va á su casa! Oh! Por esta otra puerta. (Se oye cerrar la puerta con llave.) Cerrada, cerrada tambien. Ah, la criada!... llamemos; y no hay campanilla.

LUCAS. Pues estoy divertido! Á mí que me esperan para firmar.

la escritura de la casa...

HOMOB. Prisionero,
LUCAS. Prisionero!
HOMOB. Ah! Canalla! Tú eres la causa de todo esto. (Se precipita sobre Lucas, que echará á correr atropellando sillas y mesas. Lucha encarnizada, y cae el telón.
LUCAS. Socorro! No he sido yo; no he sido yo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo. Mucho desórden.—Los muebles estan fuera de su sitio ó caidos por el suelo: un colchon se sale casi de la cama.

ESCENA PRIMERA.

D. LUCAS, HOMOBONO. Al levantarse el telon, el primero está sentado sobre el colchon, y el segundo á la derecha sobre un sillón caido. Despues de un momento de silencio, Homobono se levanta y se dirige al balcon.

HOMOB. Nadie; no veo venir á nadie! (Mirando á la calle.) Don Lucas, qué hora es?

LUCAS. Otra vez? desde nuestro combate singular, es la tercera vez que usted me lo pregunta.

HOMOB. Á quién quiere usted que me dirija? á mi reloj de bolsillo? al de sobremesa? todo está aquí en desórden: (hasta mi mujer). (Levanta el sillón.)

LUCAS. Le he dicho á usted hace cinco minutos: «son las tres y veinticinco:» por consiguiente, ahora serán las tres y media.

HOMOB. (Paseándose muy agitado.) Y se ha marchado á las dos. Comprende usted esto? Hora y media de ausencia! (Arregla los muebles.)

- LUCAS. (Tranquilamente.) Hay lo menos tres kilómetros de aquí á la calle del Bonetillo. Hombre, déla usted tiempo.
- HOMOB. Que yo la dé!... Pardiez! ella sabe bien tomársele. Encerrar á su padre y á su marido para ir á!...
- LUCAS. Oiga usted: mi hija es incapaz...
- HOMOB. Su hija de usted es capaz de todo.
- LUCAS. (No quiero contradecirle: podria darle gana de volver á empezar la lucha.) (Se levanta y coloca bien el colchon en la cama.)
- HOMOB. Buenas ideas le ocurren á usted, hombre!
- LUCAS. Podia yo figurarme que despues de la boda... En fin, lo que yo dije fué solo por calmar á usted.
- HOMOB. Y fué tambien por calmar á mi mujer por lo que fué usted á decirle que Teodoro vivia?
- LUCAS. Seguramente: yo obro siempre con buena intencion; no es culpa mia si..
- HOMOB. Qué hora tiene usted?
- LUCAS. Las tres y treinta y dos. (Sacando el reloj y con mucha calma.)
- HOMOB. Hora y media y dos minutos!—Silencio; alguien viene...
- LUCAS. Seria?... (Ruido en la cerradura.)
- HOMOB. Ella es!
- LUCAS. Calma, señor yerno, calma.
- HOMOB. Ahora veremos. (Cogiendo un sillón, sentándose y poniéndose á leer un periódico que hay en la chimenea.)
- LUCAS. (Van á arañarse: si yo pudiera escurrirme...)

ESCENA II.

LOS MISMOS, MARIQUITA. La puerta del foro se abre precipitadamente. Mariquita entra muy agitada; mira á su padre y á su marido; se quita el chal y el sombrero, que deja en la cama; vuelve á mirar á su padre y á su marido, y dice al primero.

MARIQ. Padre mio, déjenos usted. (Lucas, sin decir nada se va precipitadamente por el foro. Mariquita permanece un momento si-

lenciosa mirando á su marido, que no la mira; despues hace un gesto de impaciencia, y dice de pronto.) He visto á Teodoro: no estaba solo, le he encontrado con una mujer de poco mas ó menos. Iban á sentarse á la mesa: al verlos, ¿qué hago? cojo el mantel, y ¡paf! rompo platos y vasos. Entonces se levanta él, se levanta ella, y quieren precipitarse sobre mí. Yo me quedo mirándolos tranquila, inmóvil, con los brazos cruzados: ante esta actitud retrocedieron, y yo me vine sin que se atreviesen á decirme nada. (Se pasea mu y agitada.) Ah! los hombres! Los hombres! (Dirigiéndose á Homobono.)—Por qué me anunció usted su muerte?—Sí, ya sé; mi padre me lo ha dicho. Fué él, ese miserable el que quiso... ¿Do es verdad? El infame Teodoro se ha reido de mi amor; se he burlado de mis sufrimientos... Ah! esto es inaudito; es odioso! (Tomando la silla en que Homobono tiene puestas los pies, y sentándose.) Cómo le mataremos?

HOMOB. Eh? (Dando un salto.)

MARIQ. Usted ha obrado mal, (Haciéndole sentarse de nuevo.) y yo tambien. Yo he creído que era usted su asesino. No pensemos en lo pasado; unámonos para la venganza. Cómo le mataremos? (Se levanta.)

HOMOB. Señora!... ¿Pero usted tiene los diablos en el cuerpo? (Levantándose tambien.)

MARIQ. Si estuviéramos en mi patria no le consultaría á usted; pero aquí la ley se ha reservado el monopolio de la venganza; y el honor de una mujer no es nada, si no interesa al honor de un hombre. Pero usted se ha casado conmigo; mi honor es el suyo. Un fátuo, un insolente se ha burlado de su mujer de usted. Cumpla usted su deber: mátele usted.

HOMOB. (Diablo!) Me está usted apurando la paciencia...

MARIQ. Qué! vacilas? dudas? ¿Por ventura temblarás delante de una pistola ó de un florete? Tú! mi esposo! Oh! vergüenza!... Oculta esa debilidad, indigna del hombre á quien pertenezco, y no temas, no temas nada; si mueres á manos de Teodoro, muere tranquilo, que no tar-

- dará él en caer bajo mi puñal: yo me mataré en seguida, y los tres nos reuniremos en el otro mundo!
- HOMOB. Mire usted, señora, que ya me voy cargando...
- MARIQ. Prefieres que yo le mate? Bien: me encargaré de ello, puesto que tú eres un cobarde...
- HOMOB. Señora, señora!... mire usted (con ira.) que la pimienta de esta mañana la tengo ya toda en las narices, y que voy á hacer una gorda!
- MARIQ. Qué? no eres un cobarde, un gallina, un mándria?
- HOMOB. Lo que yo soy, señora, es un escorpion, un gallo inglés; un hombre á quien ya se le acaba el sufrimiento.
- MARIQ. Qué?...
- HOMOB. Usted lo ha querido, señora; no se queje usted á nadie. Yo era manso, dulce como un corderillo, y usted se ha empeñado en convertirme en un dragon!... Yo la amaba á usted, y usted se ha empeñado en que la aborrezca!...
- MARIQ. Eh?
- HOMOB. Sí, al fin estalló la bomba, y llegó el momento en que la diga á usted. «Señora, sepa usted que si hasta ahora he sido yo la mujer y usted el marido, desde hoy se cambian los papeles, y me calzo yo los pantalones.
- MARIQ. Habla de veras?
- HOMOB. Qué se ha figurado usted? que con estar siempre echándola de africana y con poner los ojos muy espantados, ¿me iba á meter miedo? Pues sepa usted, que ni usted ni toda esa famosa tribu de los Mamalamaya, que usted tanto pregona, me intimidan.
- MARIQ. Cómo!
- HOMOB. Que ni el mismo Muley-Abbas con todo su ejército me hace dar á mí un paso atras cuando me pongo el gorro torcido!...
- MARIQ. Es él? Qué cambio!
- HOMOB. Y sepa usted que desde hoy será usted mi mujer, tal como acostumbramos á tenerlas por acá... sin levantar los ojos del suelo; sin menearse de casa mas que cuando yo se lo permita, repasando ropa blanca...

- MARIQ. Yo!...
- HOMOB. No me anunciaba usted esta mañana su venganza? Pues ahora la hago yo á usted el programa de la mia.—No será usted mi mujer, sino mi esclava; vivirá usted sujeta á todos mis caprichos; la tendré á usted á pan y agua treinta dias al mes...
- MARIQ. Homobono!... Homobono!...
- HOMOB. Y ya que tanto siente usted haber salido de su pais, nos volveremos á él: allí me dejaré las barbas hasta la cintura; me pondré un turbante y un balandran, y me haré otomano!
- MARIQ. Basta! Basta!...
- HOMOB. Sí, señora; y tendré un serrallo, en el que usted ocupará el número cincuenta y nueve!
- MARIQ. Cielos!
- HOMOB. Ajajá! Que diga luego que no hay carácter en España!
- MARIQ. Dios mio!... este hombre...
- HOMOB. Este hombre es un perro transformado en gato, en gato montés... que muerde, que araña cuando le hostigan... y que concluye por encerrarla á usted ahí... asi, bajo llave! (La empuja hácia el gabinete y la encierra con llave.) Uf! me he portado como quién nació en la calle de Toledo!
- MARIQ. (Dentro, al paño.) Caballero! caballero!.. abra usted!...
- HOMOB. Ya voy, que me estoy peinando. (Tomando el sombrero.) No se impaciente usted, señora; volveré dentro de tres dias. (Váse por el foro.)
- MARIQ. (Al paño, fuera de sí, y dando golpes á la puerta del gabinete.) Esto es indigno; es abominable! Caballero, caballero!... (Redobla los golpes.) Ah! echaré abajo la puerta. (Con rabia.) Caballero, abra usted por Dios; abra usted, ó no respondo de nada.

ESCENA IV.

MARIQUITA y D. LUCAS: aquella encerrada.

LUCAS. (Entrando por el foro.) Pues señor, mientras he estado aquí encerrado, ha vendido su casa de Chamberí. No hay mas remedio que buscar otra. (Mariquita golpea en la puerta del gabinete. D. Lucas, que estaba cerca, da un salto hacia atrás.) Dios mío, que es esto?

MARIQ. ¿Me abrirá usted por fin, caballero?

LUCAS. Mi hija encerrada? ¿Qué haces ahí?

MARIQ. Papá, papá, abra usted.

LUCAS. Pero? cómo es que...

MARIQ. Me ha encerrado mi marido; yo le diré á usted...

LUCAS. Diantre!

MARIQ. Abra usted.

LUCAS. Hija mía, entre un marido y su mujer, un padre debe ser neutral.

MARIQ. Cómo! se niega usted.

LUCAS. Obro políticamente: me atengo al principio de no intervencion.

MARIQ. Es que me ahogo!

LUCAS. Rompe un cristal. (Váse por el foro.)

MARIQ. Papá! papá! Se ha marchado. Socorro! aquí! corred! (Golpeando.)

ESCENA V.

MARIQUITA, encerrada; y RAMONA, que entra por la derecha con platos, cubiertos, servilletas y dos panecillos. Pone todo lo que trae encima de la mesa.

RAMONA. La voz de la señorita en el gabinete! Es usted, señorita?

MARIQ. Ramona, abre, abre pronto.

RAMONA. Allá voy, allá voy. (Abriendo.) pero ¿cómo es que...

- MARIQ. Tom! (Saliendo del gabinete y dándole un bofetón.)
- RAMONA. Ay! (Levando la mano á la mejilla.)
- MARIQ. Oh, rabia! Oh, furor! (Recorriendo la escena muy agitada.)
- RAMONA. ¡Ah! si yo hubiera sabido...
- MARIQ. Te he hecho mal!
- RAMONA. Caramba, señorita!...
- MARIQ. Perdona... es la ira... los nervios... Toma, toma esto. (Dándole dinero.)
- RAMONA. Gracias, señorita. (En medio de todo tiene buen fondo.)
- MARIQ. Lo que me pasa es inaudito. (Dejándose caer en una silla á la derecha.) Insensata! Yo creía que mi marido era un ser débil, sin fuerza ni energia, y es un tigre; un tigre desencadenado del desierto. ¡Oh! el hombre que yo buscaba!... el hombre que yo necesito... mi digna pareja!... Y qué magnífico estaba en su furor!... qué rostro tan animado!... qué ojos lanzando rayos!.. Decididamente Teodoro es un ser vulgar, comparado con mi marido. Qué haces? (Volviéndose hácia Ramona, que está poniendo la mesa.)
- RAMONA. Estoy poniendo la mesa.
- MARIQ. Cómo! En este cuarto?
- RAMONA. Pues no se acuerda usted, señorita, de lo que me dijo esta mañana?
- MARIQ. Ah! sí, sí: esta mañana me entretenía yo en pequeñeces, en miserias... pero ahora... (Se oye ruido de una campanilla.) Han llamado.
- RAMONA. Voy á ver. (Váse por el foro.)
- MARIQ. (Sola.) Mi marido ni mi padre no pueden ser; no llamarían así. Si fuese... Teodoro quizás!... ¡Si mi presencia, despertando sus recuerdos, habrá reanimado su amor? Ah! si fuese él! si fuese él!
- RAMONA. Es un señor (Entrando por el foro con vasos, una botella y un papel.) que trae este papel de parte de don Teodoro.
- MARIQ. De él? dame. (Cogiendo el papel rápidamente.) Ah! no me engañaba! me ama, me ama todavía!
- RAMONA. (Qué tiene ahora?)
- MARIQ. (Leyendo á media voz.) «Por mandado del juez de prime-

ra instancia del distrito, se cita á doña Mariquita Quilis para que comparezca en dicho juzgado á celebrar juicio con don Teodoro Robira, sobre abonos de daños y perjuicios por la rotura de cristales, vajilla, y otros utensilios, etc., etc...» (Se deja caer en un sillón y permanece en silencio.)

RAMONA. (Que ha continuado poniendo la mesa, dirigiéndose á ella.) Dios mio! la señorita se pone mala!

ESCENA VI.

DICHOS y D. LUCAS.

LUCAS. Ramona! (Entrando por el foro con precaucion y sin ver mas que á Ramona, que oculta á Mariquita.) ¿Sigue en el gabinete?...

MARIQ. Padre mio! (Dando un salto y dirigiéndose á él.)

LUCAS. Cáspita! (Queriendo huir.)

MARIQ. Quédese usted.

LUCAS. Vuelvo.

MARIQ. Quédese usted por Dios. Vete, Ramona.

RAMONA. Bien está, señorita. (Váse por el foro.)

LUCAS. Es que te diré... he sabido que hay otra casa de campo en Aranjuez, y...

MARIQ. Papá, papá; me vuelvo al Africa.

LUCAS. Con tu marido?

MARIQ. Yo no tengo marido.

LUCAS. Cómo que no tienes? Pues y Homobono?

MARIQ. Quiero huir de Europa, de sus leyes, de sus costumbres y de su justicia. (Irónicamente.)

LUCAS. Pero, desgraciada, eso lo encontrarás en Africa.

MARIQ. Qué dice usted?

LUCAS. Lo que oyes. La Europa lo invade hoy todo.

MARIQ. Me iré á la China.

EUCAS. Tropezarás tambien con la Europa.

MARIQ. Al Japon.

LUCAS. Lo mismo.

- MARIQ. Á una isla desierta.
LUCAS. Ah! bien; si descubres alguna... Las islas desiertas son muy raras en el día.
MARIQ. Usted me acompañará, padre mio.
LUCAS. Yo!
MARIQ. Es preciso.
LUCAS. Nunca. Pídeme lo que quieras; ¿pero vivir solo contigo? Abrenuncio.
MARIQ. Bien está; partiré sola.
LUCAS. Pero hija...
MARIQ. No, yo no tengo ya padre; (Con violencia.) yo no tengo esposo; yo no tengo familia. Adios, adios para siempre. (Váse por la puerta derecha.)

ESCENA VII.

- LUCAS; despues HOMOBONO. Despues de ver salir á Mariquita, dice muy tranquilamente.
- LUCAS. Esa casa de Aranjuez, si no es muy húmeda y está bien distribuida, me conviene. El escribano me ha citado para las cinco.
- HOMOB. (Entrando por el foro y mirando á la puerta del gabinete que está abierta.) Ah! La han abierto? tanto mejor: asi como asi vengo resuelto á tomar un partido extremo; la vida á su lado seria un infierno perpétuo. ¡Ah! ¿es usted?
- LUCAS. Sí, iba á marcharme.
- HOMOB. Yo tambien me voy.
- LUCAS. Calla! y adónde?
- HOMOB. No lo sé; lejos, muy lejos.
- LUCAS. Muy lejos?
- HOMOB. Si ve usted á su hija, dígale usted que me he muerto.
- LUCAS. Bueno. (Tranquilamente.)
- HOMOB. Ah! dígala usted que me ha matado Teodoro; esto la alegrará mucho.
- LUCAS. Bien. (Lo mismo.)
- HOMOB. Voy por mi maleta. (Váse al gabinete.)

LUCAS. (Continuando, entregado á sus reflexiones.) Aranjuez... sitio real edificado por Felipe segundo. Hermoso palacio! jardines célebres! Qué vida, qué vida me voy á dar! (Váse por el foro: la escena queda un momento vacía.)

ESCENA VIII.

MARIQUITA, con saco de noche: en seguida HOMOBONO.

MARIQ. (Entrando por la derecha.) He debido dejar aquí mi chal y mi sombrero. (Pone el saco de noche encima de la mesa.)

HOMOB. (Saliendo del gabinete con una maleta.) Dónde diablos habré yo puesto el indicador de los caminos de hierro?

MARIQ. Ah! aquí estan. (Encontrando su chal y su sombrero en la cama.)

HOMOB. Ah? ya le encontré. (Encontrando el periódico en el suelo.)

MARIQ. Caballero! (Deteniéndose junto á él.)

HOMOB. Señora! (Sorprendido.)

MARIQ. Se marcha usted?

HOMOB. Ahora mismo,

MARIQ. Calla! los dos hemos tenido la misma idea.

HOMOB. También usted se marcha?

MARIQ. Si señor: las ideas se encuentran.

HOMOB. Procuremos no hacer lo mismo nosotros. Adónde va usted?

MARIQ. Adonde usted no vaya.

HOMOB. Tenemos el mismo programa. (Se sienta junto al velador, pone en sus rodillas la maleta y se ocupa en cerrarla, despues de haber metido en ella algunos objetos que coge de encima de la chimenea.)

MARIQ. Yo tomaré el camino del Norte.

HOMOB. Á los paises frios? Sí, esto la sentará á usted bien: yo tomaré el de Mediodia.

MARIQ. Hacia Barcelona?

HOMOB. No señora, mas lejos.

MARIQ. Ya: á Italia?

HOMOB. Mas lejos, señora, mas lejos.

- MARIQ. (Dios mío! á que se va á Constantinopla?) Pues yo también me voy muy lejos: no pienso parar hasta...
- HOMOB. Hasta San Petersburgo?
- MARIQ. No señor: hasta Torreledones. Hay allí una prima nuestra...
- HOMOB. Veamos: la línea del Norte. Norte... Norte... Aquí está. Á las ocho y treinta y cinco.
- MARIQ. Cómo, tan tarde? ¿Y qué me hago yo hasta entonces?
- HOMOB. Lo mismo me sucede á mí: tampoco el tren del Mediodía sale hasta la ocho. Ah! magnífica idea! mi estómago me inspira. Estoy en ayunas, con que tomaré algo antes de marcharme.
- MARIQ. En el café de la estación? eso es: yo haré lo mismo.
- HOMOB. (Dios quiera que no muerda á algún mozo.) Que aproveche á usted, señora. (Se dirigen á la puerta del foro y al llegar se detienen haciéndose cumplimientos para pasar.)
- MARIQ. Y á usted también, caballero...
- HOMOB. No, usted antes. (Se abre la puerta del foro y aparece en el dintel Ramona trayendo una sopera.)

ESCENA IX.

DICHOS y RAMONA.

- RAMONA. Aquí está la sopa. (Pasa por delante de Homobono y va á poner la sopera en el velador.)
- HOMOB. La sopa. ¡Caramba! y huele bien!
- RAMONA. Ya lo creo; está muy rica. (Váse foro.)
- MARIQ. (Una mujer sola en un café!)
- HOMOB. Qué humo echa! (Acercándose á la mesa.)
- MARIQ. Mejor será esperar aquí. (D. ja en una silla el saco de noche y se quita el chal y el gorro.)
- HOMOB. Estoy por tomar un caldo. (Deja también su maleta.)
- MARIQ. Cómo, cómo, ¿está usted aquí?
- HOMOB. Perdóne usted, señora: ¿caso usted... (Sorprendido por ella en el momento de querer destapar la sopera.)
- MARIQ. Sí; he pensado que comer sola en un café...

HOMOB. Es muy justo, y yo la cedo á usted la sopa. (Volviendo á coger su maleta.)

MARIQ. Caballero!...

HOMOB. Buen viaje, señora. (Váse por el foro.)

MARIQ. Buen viaje.

ESCENA X.

MARIQUITA, sola. Está muy agitada, y mira de vez en cuando si vuelve Homobono.

Debe haber tempestad muy pronto: tengo los nervios en un estado! (Se sienta junto al velador; y se sirve la sopa con rabia y come por algunos momentos en silencio.) Esta sopa está detestable, y luego no tengo gana. (Tira la cuchara. Levántase.) Pero, señor, ¿es posible que conforme voy perdiendo á mi marido le vaya queriendo mas? Sí, yo creo que le quiero... es decir, no lo sé á punto fijo; pero me gusta, me gusta cien veces más que Teodoro: y lo conozco en que cuando le oigo decir que se marcha, me dan unas ganas de darle un bofetón!... Pero ¿por qué le he dejado salir?... Ah, Mariquita! Mariquita! tú te has portado mal, porque él te amaba; pero mi padre tiene la culpa de todo. ¿Por qué le ocurrió decir á Homobono: «ha hecho usted bien en matar á Teodoro?» Y el caso es que no le ha muerto, y esta es la lástima!... un miserable que no merece mas que mi desprecio!... Qué diferencia entre él y mi marido!... ¡Ay!... tengo un desasosiego!... ¿Si se habrá marchado ya?... ¡Si habrá encontrado tren?... ¡Á Constantinopla!... se quiere marchar á Constantinopla en busca del serrallo sin duda, el ingrato! No, no lo consentiré: mi marido es mio, y yo no quiero que viaje por esos paises!... Voy á la estacion, y como le encuentre le he de traer atado codo con codo!...

HOMOB. Ya sabes; ahí en la plazuela: date prisa.

MARIQ. Su voz! ha vuelto. (Volviendo á sentarse apresuradamente á la mesa.)

ESCENA XI.

MARIQUITA, HOMOBONO, entrando por el foro.

HOMOB. Perdone usted, señora: está lloviendo á mares. Usted me permitirá que aguarde aquí un coche que he mandado á buscar.

MARIQ. Como usted guste, caballero: y aun si no ha comido usted, podría... Esta sopa está excelente.

HOMOB. Ah! conque la sopa?...

MARIQ. Si es que usted no teme envenenarse...

HOMOB. Oh! aunque bien pudiera... Pero no; puesto que usted la come... (Volviendo á ella alegremente.)

MARIQ. Siéntese usted. (sirviéndote.)

HOMOB. Con mucho gusto: es decir, no... He visto muchas comedias en que un marido y una mujer reñidos comen la imprudencia de comer juntos, y á los postres siempre hacian las paces. Yo no quiero que usted crea...

MARIQ. En ese caso rehusa usted?

HOMOB. No del todo. Usted me permitirá tomar la sopa á cierta distancia; allí en aquella mesa. (Asi estoy á cubierto...)
(Se lleva á la mesa de la derecha su cubierto y su servilleta.)

MARIQ. Como usted quiera: pero mas seguro estaria usted en la puerta... (Otomana.)

HOMOB. (Sentándose.) No, allí me caería el agua dentro del plato. (Se pone á comer.)

MARIQ. Mal tiempo para viajar. (Comiendo tambien y despues de un momento de silencio.)

HOMOB. Oh! en primera... con los pies calentitos... y ahora que pienso en ello: ¿por qué se va usted?

MARIQ. Porque me aburre vivir en Madrid.

HOMOB. Marchándome yo ¿por qué no habia usted de quedarse?

MARIQ. Sola?

HOMOB. No: con su padre de usted y el difunto Teodoro.

MARIQ. Caballero, usted me insulta!

- HOMOB. Insultar á usted? ¿No ama usted á ese Tenorio?
- MARIQ. Le amaba antes cuando no le conocia; pero ahora que le conozco... ¿Quiere usted beber? (Le echa vino en un vaso.)
- HOMOB. Si usted me hace el favor... (Levantándose.)

ESCENA XII.

DICHOS: RAMONA con un plato.

- RAMONA. La he hecho á usted esperar, señorita; (Entrando por el foro con un plato.) pero es que el señorito me ha mandado á buscar un coche, y... Abajo espera. (Á Homobono.)
- HOMOB. Ah! está bien. (Dejando el vaso.) Señora... (Saludando.)
- MARIQ. Delante de la muchacha! (Bajo á Homobono.) Déjanos. (Alto á Ramona.)
- RAMONA. Ya me voy, señorita. (Váse. Poniendo el plato en el velador, llevándose la sobera y los platos de la sopa.)
- HOMOB. Ahora me permitirá usted... (Va á salir.)
- MARIQ. Un momento, se lo suplico á usted.—No, no vaya usted á figurarse que busco una reconciliacion; nada de eso: le aborrezco á usted. (Se pone á trinchar.)
- HOMOB. Muchas gracias.
- MARIQ. Pero como no hemos de volver á vernos, creo que no estará demas una explicacion; será la última.
- HOMOB. Para qué?
- MARIQ. Tiene usted tiempo. Comer aquí ó en la estacion... ¿Quiere usted esta pechuga de perdiz? (Sirviéndole.)
- HOMOB. Con un poquito de pan no me vendrá mal; y si me diera usted tambien una pata... Estas emociones me trastornan de un modo... Estoy muy débil... Pero nada de explicaciones, se lo suplico á usted. (Toma su plato y un pedazo de pan, va á sentarse á su mesa y se pone á comer.)
- MARIQ. Sí; yo confieso que he estado violenta, arrebatada... Pero usted, caballero, ¿cree usted estar exento de culpa?

- HOMOB. No en verdad: he cometido una muy grave, muy censurable, y es el haberme presentado á usted como una esquila de defuncion. Me arrepiento, y pido á usted mil perdones. Si estuviera delante de un juez y me preguntase:—«Homobono, ¿es usted culpable?» responderia sin vacilar:—«lo soy, señor magistrado.»
- MARIQ. Sí, usted se ha prestado á una mistificacion ridicula, odiosa, por el único placer de insultar á una pobre mujer.
- HOMOB. Eso no, señora.
- MARIQ. Pues por qué?
- HOMOB. Por qué? Teodoro me habia dicho pestes de usted, y las mujeres de quienes se habla mal, son precisamente las que uno desea conoecer?
- MARIA. Hum! (Con aire de duda. Despues de un momento de silencio.) Quiere usted beber? (Le echa vino en un vaso.)
- HOMOB. Con mucho gusto. (Levantándose.) Gracias, señora. (Acercándose al velador.)
- MARIA. En qué situacion me ha colocado usted! Yo le he creido á usted por algun tiempo el asesino de Teodoro, y en esto creencia ¿qué habia de hacer?
- HOMOB. Enviar á buscar á la policia.
- MARIQ. Sé yo acaso lo que es eso?
- HOMOB. Pero no, usted se dijo: es un malvado; pues casémonos con él. Si le hago prender podrá tal vez escaparse; pero el matrimonio es una cadena perpétua; nadie se escapa de ella.
- MARIA. Ya vé usted que sí, (Levantándose.) puesto que es usted libre, y va usted á marcharse... muy lejos!...
- HOMOB. Sí; pero me es lícito ofrecer á otra el nombre que la he dado á usted? ¿Podré mentir, engañar, y nada mas. La olvidaré á usted seguramente; pero para esto ha de pasar algun tiempo. Oh! no quiero hacerme mas fuerte de lo que soy. Esta mañana mismo la amaba á usted, sí, la amaba. ¿Qué quiere usted? Es muy frecuente que las mujeres agraden por sus mismos defectos, y usted me agradaba asi. ¿Ha llorado usted de rabia? Pues
- :

bien; yo al separarme de usted he llorado tambien como un imbécil, pero de pesar... de amor. Es una estupidez, lo sé, pero no he podido remediarlo. ¡Oh! qué bestias somos los hombres! Pero á Dios gracias esto se acabó.

MARIQ. (Corre al balcon y le abre.) Cochero! ahí tiene usted diez reales: váyase usted. (Tirando algunas monedas por el suelo.)

HOMOB. Cómo! aquese coche es el mio.

MARIQ. Homobono, yo te amo!

HOMOB. Eh?

MARIQ. Y no quiero que te vayas á Constantinopla. (Acercándose.)

HOMOB. Cómo y no quiero?

MARIQ. Yo te pido perdon de rodillas. (Se arrodilla.)

HOMOB. Tú de rodillas! (Arrodillándose tambien.)

MARIQ. He obrado mal, lo confieso.

HOMOB. Sí... no... es decir...

MARIQ. Perdóname.

HOMOB. Que yo te perdone? Ah! y la torcedura?

MARIQ. Curada radicalmente. (Sonriendo.)

HOMOB. Mujercita mia!

MARIQ. Esposo mio! (Se abrazan sin levantarse.)

HOMOB. Y Teodoro?

MARIQ. Teodoro murió de veras para mí.

ESCENA XIII.

DICHOS, D. LUCAS y luego RAMONA.

LUCAS. Cielos! Se estan devorando! (Entra por el foro.)

HOMOB. No, no: al contrario. (Se levanta.)

MARIQ. Papá, adoro á mi marido.

LUCAS. Qué me cuentas?

HOMOB. Aquí para entre nosotros, la creo enteramente domesticada.

LUCAS. Tanto mejor, hijos míos, tanto mejor. Yo venia á anunciaros que me voy á residir á Aranjuez.

RAMONA. (Entrando por el foro.) Señorita, el coche se ha ido; ¿hay que buscar otro?

HOMOB. Sí; para mi suegro, que se marcha.

LUCAS. Gracias. Qué felices vamos á ser todos!

MARIQ. Sí, papá; todos felices.

HOMOB. (Cogiendo á su mujer del brazo.) Y yo triunfante. Esta noche iluminación, porque he vencido en la guerra de Africa.

(Al público.)

Domesticando á esta fiera
creo que no es presumir
si presumo conseguir
cuatro palmadas siquiera:
no las deis de mala gana,
Señores, que aunque sea poca
mi influencia, por mi boca
os las pide LA AFRICANA.

FIN DE LA COMEDIA.

*Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en
que su representacion se autorice.*

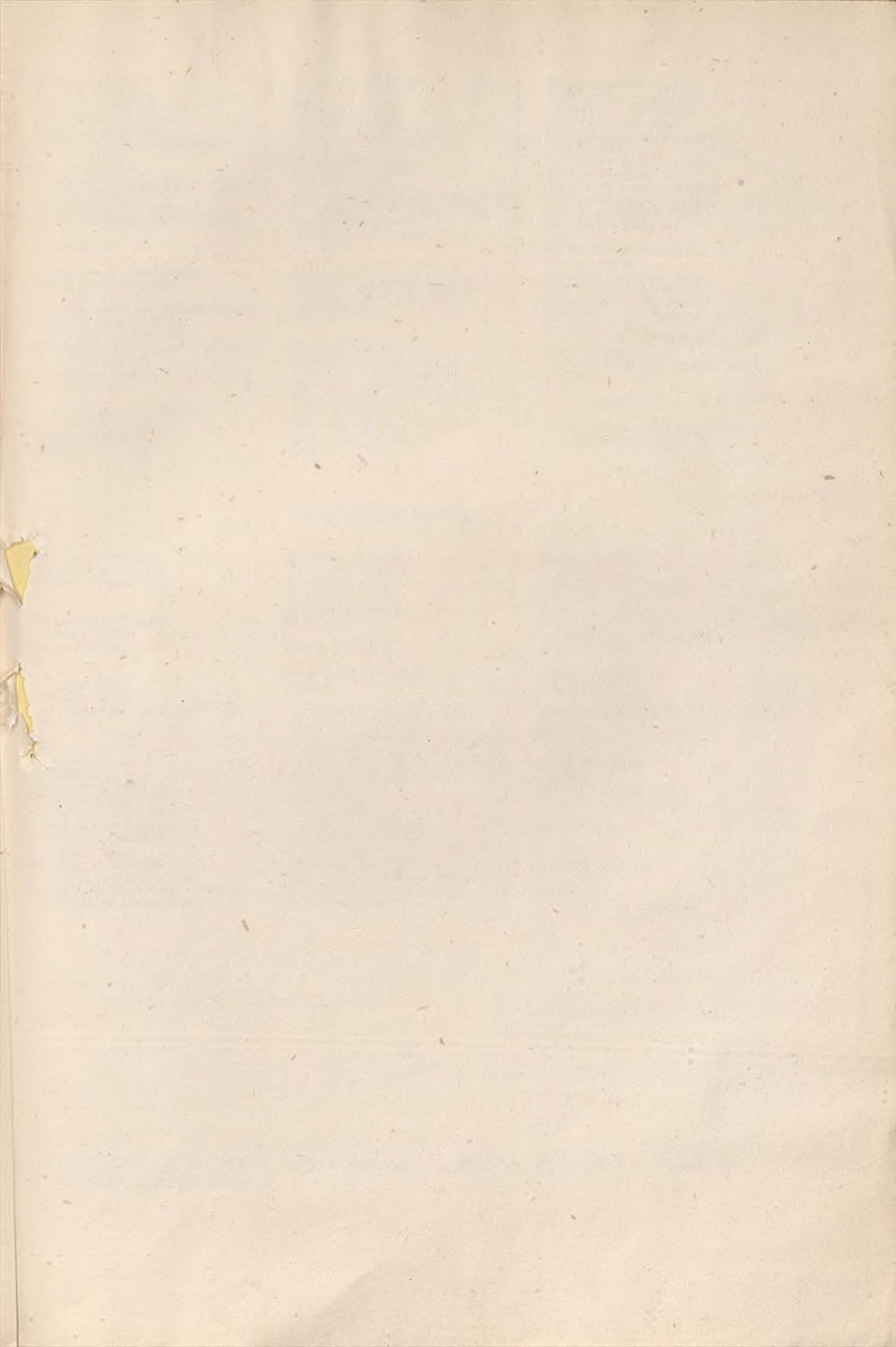
Madrid 14 de Diciembre de 1863.

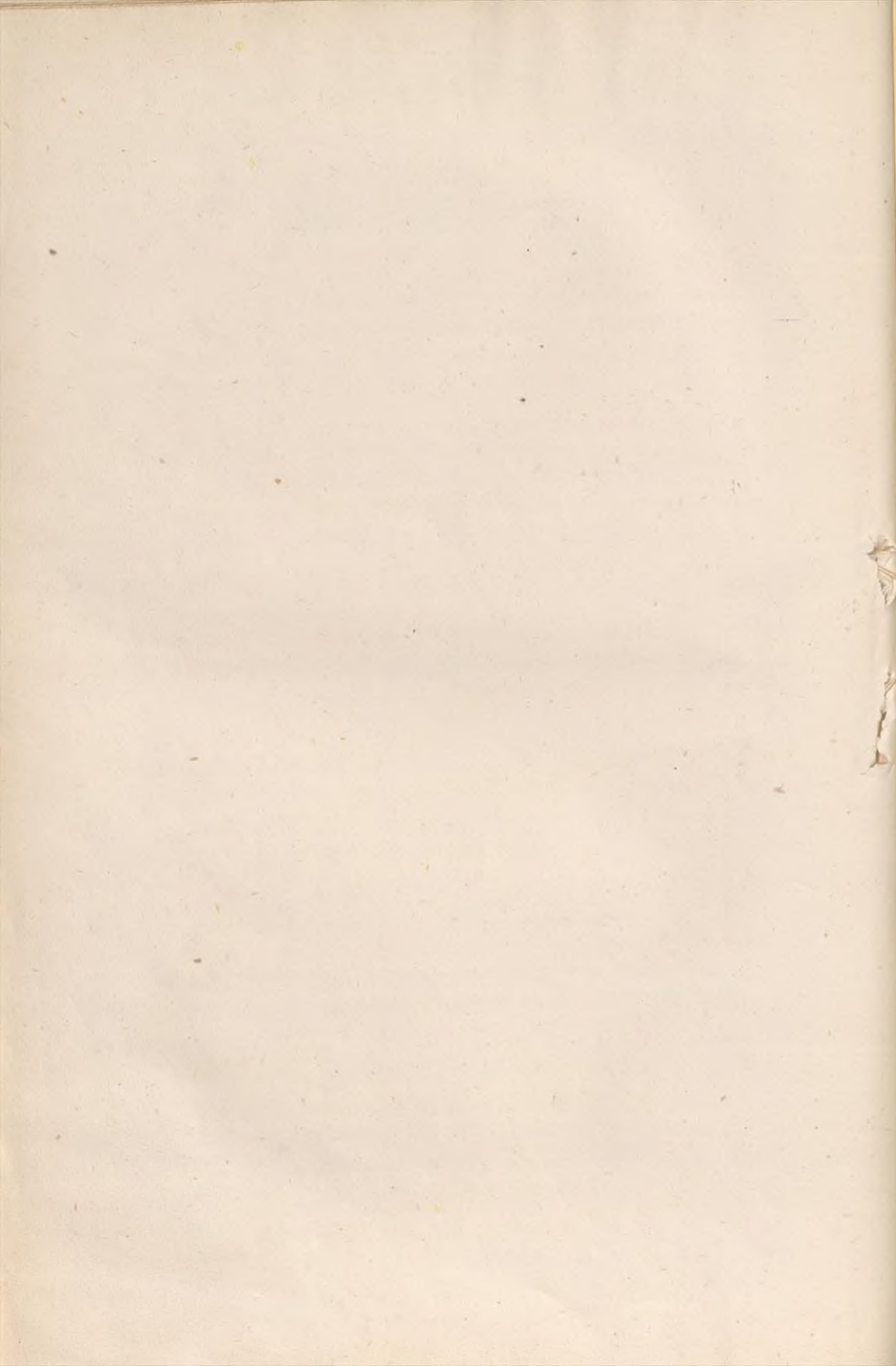
El censor de teatros,

NARCISO S. SERRA.

Il est de l'essence de la justice de rendre à chacun ce qui est sien.
C'est pourquoi le législateur ne peut se dispenser de consacrer
par une loi la répartition des richesses entre les citoyens.
C'est la loi qui fixe le droit de propriété, le droit de succession,
le droit de mariage, le droit de divorce, le droit de testament.
C'est la loi qui établit les règles de la responsabilité civile
et pénale, les règles de la procédure civile et pénale.
C'est la loi qui crée les tribunaux et les fonctions judiciaires.
C'est la loi qui organise l'administration publique et locale.
C'est la loi qui détermine les droits et les obligations des citoyens
à l'égard de l'État et de la Nation.

La loi est donc l'acte suprême de la souveraineté nationale.
Elle est la base de tout l'édifice de la vie sociale.
Elle est la garantie de la liberté, de la justice, de l'équité.
Elle est la pierre angulaire de la République.
C'est pourquoi elle doit être faite avec sagesse, avec justice,
avec une haute conscience.
C'est pourquoi elle doit être appliquée avec fermeté et impartialité.
C'est pourquoi elle doit être respectée par tous les citoyens.
C'est pourquoi elle doit être la source de la confiance et de la paix sociale.





Marta y Maria.
Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro
Miel sobre hojuelas.
Mártires de Polonia.
¡¡Maria!! ó la Emparedada.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

Propósito de enmienda.
Pesca á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardín.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premios y castigo, ó la conquista de Ronda.

¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Que suerte la mía!
¿Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imagen.
Se salvo el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid*).
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en caizas prietas.
Un huésped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.

Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituido.
Una equivocacion.
Un retrato á quemarropa
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de corte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre bno.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicidal!
Un marido cogido por los cabellos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angelica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas feo.

Claveyina la Gitana.
Cupido y Florita.
Cáñero y Flora.

D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calésero y la maja.
El perro del hortelano.
En Ceuta y en Marruecos.
El leon en la ratonera.
El ultimo mono.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lirico.)
El Postillon de la Rioja (*Música*)
Vizconde de Letorierres.

El mundo á escape.
El capitán español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música*).
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música*).
Los dos diamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la corte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*).
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música*).

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.